

# SOFOCO


LAURA ORTIZ GÓMEZ



# **SOFOCO**

**LAURA ORTIZ GÓMEZ**

**LAGUNA♦LIBROS**

 **eLibros**

*Sofoco*  
Laura Ortiz Gómez

Laguna Libros  
[www.lagunalibros.com](http://www.lagunalibros.com)

\* \* \* \* \*

PRIMERA EDICIÓN  
Bogotá, abril de 2021

© 2021, de la edición electrónica:  
Laguna Libros, eLibros Editorial, abril de 2021  
[www.elibros.com.co](http://www.elibros.com.co)  
Carrera 49A 100-41, int. 3, apto. 301  
Bogotá, Colombia  
Tel. (571)221 0715  
Email: [info@elibros.com.co](mailto:info@elibros.com.co)

DIBUJOS DE CARÁTULA Y COLOFÓN  
Laura Giraldo Serna

ISBN 978-958-5474-76-5 (epub)  
ISBN 978-958-5474-75-8 (impreso)

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra  
sin permiso expreso de eLibros Editorial.  
Hecho en Colombia - *Made in Colombia*

Esta obra resultó ganadora del Premio de Narrativa Elisa Mújica 2020 del Instituto Distrital de las Artes y Laguna Libros, conforme a la Resolución 1154 del 11 de noviembre de 2020. Mediante Resolución 952 del 1 de octubre de 2020 se designaron como jurados del concurso a Nubia Macías, Claudia Ulloa Donoso y Giuseppe Caputo.

# ÍNDICE

*Aíta la muerte*  
*Tigre americano: panthera onca*  
*Mingus el ardiente*  
*Esperar el alud*  
*El corazón del señorito*  
*La cajita de Avon*  
*El último Pibe Valderrama*  
*Un toro bien bonito*  
*Parto de vaca*

La autora: Laura Ortiz Gómez  
Títulos en coedición digital

## AÍTA LA MUERTE

Yo les dije a todos que no fueran a esa tienda, que ese hombre me estaba queriendo invadir el cementerio. Que si no me respetaban a mí, al menos lo hicieran por la memoria de los muertos. Todo el mundo sabe que merecen su santo sepulcro y su descanso. Si después las ánimas los asustaban, no vinieran a llorarme. Y es que el muerto de guerra es otra cosa, ¿sabe? Es cosa seria, cosa peluda, cosa callada.

Los míos siempre llegan tiesos. Con una tirantez rara, porque son muertos de río. Están ablandados y rígidos. El agua les llena los pulmones, y cómo pesan. Pesan más que la conciencia. A veces los arrastramos entre varios y van dejando un surco en la tierra y una huella de olor. Usted no sabe lo que es el hedor a muerto. Nadie sabe, hasta que lo ha olido.

En lo fino de la guerra, encontrábamos de a cinco diarios. Por eso le digo, el pueblo se cansó de coger muertos ajenos. ¿Sabe que los hombres bajan con la panza arriba y las mujeres flotan bocabajo? Eso es raro. Los que no flotan se engarzan en las redes o el remo choca con sus cabezas. Dicen los pescadores que es como toparse con una roca de carne.

Al comienzo la solución era la fosa común. Todos juntos, uno sobre otro, a medio podrir y sin nombre. Y también las

partes. Porque también encontrábamos partes, no crea. Lo más impresionante es encontrar una mano. Le agarra a una la sensación de impotencia. El cuerpo que le hace falta se hace más presente. El cuerpo que falta es gigante.

Yo pensaba: estos que aparecen aquí son los desaparecidos. Y era raro estar en la presencia de una gran ausencia. Como si se colara la vida de la gente por un desagüe y fuera a dar a un paraje donde no tiene sentido esa cara. Como si el Magdalena le borrara la memoria y saliera al otro lado un cuerpo mudo. Un feto. Por eso estaba en contra de las fosas comunes. No me parecía eso de enterrarlos en una orgía, mezclándoles las partes, los olores y las historias. No era digno. Si tuvimos un útero para cada uno, por qué compartir la muerte. Ahí fue que me animé y armé el cementerio. Me pusieron apodos: la sepulturera, la animera, la santamuerte y así. Como me llamo Aíta, el chiste les salía fácil. Decían: Ahí 'ta la animera. Y se carcajeaban, sintiéndose la gran cosa. Aunque para ser justa, todos ayudaron con lo que podían. Yo les compraba siempre lo mejor. El mejor ataúd, el mejor terciopelo. Somos pobres, morimos mal, pero estamos bien enterrados. Para ahorrar espacio, hicimos un panal de tumbas. Todos sin nombre. Pero eso sí, separados. Quería resguardarles al menos un pedacito de identidad.

Yo los preparaba. Aguantando el olor y con maña, todo se hace: el peinado, el maquillaje y las uñas. Con el tiempo le encontré el gusto. Acicalar a los cuerpos me llenaba de silencio. Una diría que la guerra es como las películas de acción. Pero no. Es quieta. Más que quieta es monótona. A la gente la matan y la matan y la matan, pero la guerra sigue. Entonces una siente que no se trata ni siquiera de los humanos. Ni de ganar. Ni de enemigos. La guerra no se trata de nada. Es un agujero que escupe muertos.

Como le venía diciendo, preparar cadáveres era una especie de paz. No me malentienda. A ellos ya no les importa nada, ya no quieren nada. Eso es bueno. Le quita a una el calor y la angustia. Todo el día la gente se la pasa pidiendo, forzando la relación con la vida. Pida que pida que pida. De todo piden. Por lo general piden plata, pero también piden favores o atención, venganza y sexo. Los muertos no piden. Eso los hace sagrados. Lo gracioso es que detrás de los difuntos llegaron las pedigüeñas, las señoras que adoptaban muertos, les hacían novenas y les rezaban. Yo decía para dentro: hay que estar muy perdido para pedirle a la muerte, pero las dejaba. Mantenían lindo el cementerio, todo adornado de cartas y muñecos cursis en fomy, estampitas de santos, veladoras a pila y flores plásticas. Que pidieran las mendigas de Dios, total, me ayudaban. Porque el trabajo era mucho, yo ya le dije.

Y así estuvimos hasta que llegó Elvio, un costeño que apareció a contramano del río. Nada bueno llega contradiciendo el agua. Pero la guerra también hace eso, deja a la gente dando vueltas. Se ve que traía plata porque compró el lote grande al lado del cementerio. Desde el comienzo no me gustó. ¿Quién tiene el mal gusto de comprar tierra junto a los difuntos? Los muertos necesitan un espacio de silencio alrededor. Como quien dice, un colchón de quietud. Si usted llena de ruido un cementerio entonces no hay fallecidos. El ruido es enemigo del recuerdo.

Cuestión que ni saludó. Yo estaba haciéndole el maniquiur a una ene ene, que fue bonita, cuando escuché el ruidajo de las latas con las que paraban una casucha. A Elvio solo le vi la espalda gruesa y sudada. Le oí el vozarrón que daba órdenes a los muchachos. Tenía tres mulas cargadas con mercancía. Válgame, este quería montar una

tienda. Como los hombres que traen plata me levantan sospecha, yo decidí no acercarme. A la noche el frenazo de un camión me despertó. Vi por la ventana que descargaban cajones y cajones de cerveza. Ahí sí fue que comenzó mi suplicio.

Elvio puso la competencia a los bares del centro del pueblo. Todos los borrachos de esta parte del barrio que bordea al río descubrieron que no tenían que caminar tanto para agarrar una buena perra. La tenían ahí mismo en sus narices. Cada noche era alboroto, rancheras y riñas. En la mañana el cementerio me amanecía todo meado y vomitado. No le miento si le digo que lo encontré también cagado. Grandes bollos tibios frente al nicho. Imagínese mi furia.

Salí pitada a buscar a las pedigüeñas, que estaban asociadas bajo el nombre de las Damas de los Ángeles. Se reunían todas las tardes para la novena de las ánimas benditas. Yo pensaba que iban a ser mis aliadas naturales en contra del bar de Elvio, pero encontré solo a cinco viejas reunidas, que al verme llegar se abalanzaron ansiosas y me relataron una red intrincada de peleas y rencores que tenían por culpa de los muertos. Dijeron que habían descubierto que había cadáveres más milagrosos que otros. La competencia de los favores recibidos había desatado la envidia, y la envidia había desatado la traición. Otras, las codiciosas, habían empezado a rezar a los muertos de ellas a escondidas. En venganza, las habían desterrado de la asociación de rezanderas. Me pidieron que mediara en la trifulca y que les dejara claro a las traicioneras que los muertos eran personales e intransferibles. Les respondí que no me interesaban sus peleas. Me miraron entre pasmadas y enfurecidas.

—¿Entonces a qué vino usted, Aíta? —me dijo la más gorda.

Yo les conté de Elvio y los borrachos que cagaban el cementerio. ¿Sabe qué me respondieron las viejas amargadas? Que a ellas tampoco les interesaba mi pelea y que si era tan macha que confrontara al tal Elvio. Figúrese qué viejas más rencorosas.

La cosa fue empeorando porque Elvio se compró un buen equipo de sonido y trajo discos de la capital. Colgó farolitos rojos y azules y mandó a pavimentar un rectángulo que hacía de pista de baile. Con esas mejoras, comenzaron a venir de otros barrios. Los jóvenes con la cara apendejada de enamoramiento. Y ahí sí que me preocupé, porque usted sabe que el noviazgo de pueblo se consume en cualquier rinconcito oscuro. Eso sí ya no, culiar encima de los muertos, no.

Pensé que tenía que llevar las cosas más lejos y me fui a hablar con el párroco. Era de esos curas que ahora están de moda. Lampiños, progresistas, casi adolescentes. Cómo extrañé al viejo Naftaleno. Ese sí me hubiera escuchado y hubiera entendido que la muerte es la única cosa respetable que nos queda. No como este otro, que me dio una cátedra de civismo mezclada con enseñanzas de Jesús. Y luego se puso a hablar del proceso de paz y no sé qué otras cosas. Y de tanto hablar de la esperanza y el amor, se le encharcaron sus propios ojitos, conmovido por su palabrería de reinos de Dios, trópicos y paraísos. Me bendijo, se secó la lagrimita y se fue.

Comencé a patrullar por las noches en el cementerio. Con un farolito y haciendo sonar duro los pasos, no vaya y fuera que encontrara alguno en pleno coito. Pero yo ya no estoy para esos trotes, y la falta de sueño me pasó factura.

Entonces reforcé el alambrado y comencé a hacer colecta para construir un muro, pero la gente ya no estaba en su esplendor generoso. La pelea con las Damas de los Ángeles y la renovada oferta de alcohol habían menguado la predisposición de la gente a ayudarme. Tampoco ayudó lo del farolito y el patrullaje. Empezaron a decir que se me había corrido el champú y que andaba creyéndome fantasma. Otros decían que yo quería espiar a la gente teniendo sexo. Yo no era que esperara mucho de este pueblo, pero no me imaginé que se pondrían del lado de un gordo aparecido. Pensé que me respetaban, así fuera por los veinticinco años que trabajé como asistente en el centro de salud. Yo mismita, con estas manos, les apliqué inyecciones, les cosí heridas, les limpié la caca, las babas y la sangre. Pero ya usted sabe que la gente es, ante todo, desagradecida. Piden, pero no dan.

A la policía ni hablarle. Era clientela fija del Elvino. No quedaba otra sino ponerle la queja directamente al alcalde. Madrugué ese lunes para estar a primera hora en la administración municipal. Ya para esa altura tenía un legajo de pruebas, que incluían relatos detallados, horas exactas de los avistamientos de invasores, fotos de los residuos corporales y un listado de la clientela fiel del bar. También un croquis dibujado del establecimiento, que ahora tenía pista, tarima, gradas, mesas, sillas, toldos y una barra larga de cemento con butacas.

La secretaria me hizo sentar en la sala de espera toda la mañana. Querían aburrirme. Pero terca sí soy. Así me tuvieron esperando hasta bien entrada la tarde, sin un tinto siquiera, viendo pasar gente al despacho. Gente con la pinta vistosa de ciudad. Mucho movimiento de corbatas, mucho olor a colonia de imitación. Cada hora me paraba y le preguntaba a la secretaria si tardaría mucho el alcalde. Al

final creo que le gané por cansancio: desde chiquita que gano por terca.

Cuando por fin pasé al despacho, el alcalde estaba despidiéndose de un gordo. Ahí sí me asusté porque pensé que era Elvio. El corazón me dio un brinco. Pero no era. El gordo se fue y yo tomé asiento.

—Doña Aíta, dichosos los ojos que la ven —me saludó zalamero.

—Ni tan dichosos —le dije, para cortarle la falsa cortesía—. Mire, señor alcalde. Yo vengo por algo serio. Usted sabe que yo no soy de las que van por ahí echando queja, ni armando chisme, ni generando rencillas. Pero este asunto del bar junto al cementerio se está saliendo de las manos. Bien pueda mire esta información detallada que le traigo.

Él me miró con esa carita socarrona y recibió la carpeta. Es que cuando una mujer pasa de los cuarenta, los hombres ya ni se esfuerzan en ocultar que se sienten superiores. Como una ya no tiene las tetas turgentes, la miran con esa compasión taimada con la que tratan a los animales y los niños. Yo le aguanté la mirada muy seria, hasta que se puso a hojear el folio. Créame cuando le digo que se rio en voz alta cuando vio las fotos de las cacas. Yo apreté el culo y lo miré muy directo, enfocando el centro de su frente.

—Muy bien, doña Aíta, déjeme revisar esto con mi secretario de planeación y en unos días le tenemos respuesta.

Yo me planté.

—Ningunos días, señor alcalde. Esto lo revisamos hoy.

Llamó al abogado y hablaron en la parte de atrás del despacho. Al rato, muy serios y adulones, me informaron que si quería dar curso legal a mi querella tenía que demandar a medio pueblo, pues los que invadían el cementerio eran las personas y no el Elvio. Que él estaba en

todo su derecho de tener un establecimiento de orden comercial. Me dieron una tarjeta doblada con el teléfono de un abogado en Bogotá y me cerraron la puerta en la nariz.

No me quedaba claro si le tenían miedo al Elvio porque estaba metido en cosas raras. O si al pueblo entero eso de la guerra ya lo tenía tan harto que solo querían baile, borrachera y penetración. Volví a la casa, derrotada. Para colmo, Elvio inauguraba la tarima con música en vivo. Vallenato venteado. Me costó dormirme porque el sonido del bajo me rebotaba en el cuerpo, yo sentía como una doble taquicardia. Adivine con quién me soñé esa noche. Estaba él destrozando el cementerio con un mazo. Pero parecía como bailando. A pesar de ser gordo, su cuerpo se veía ingrávito. Y cada golpe tenía ritmo y gracia. Yo me le acercaba por detrás y quería detenerlo. Cuando le tocaba el hombro aparecía más lejos, haciendo lo mismo. Volaban pedazos de tumbas y pedazos de muerto. Se oían como risas de niños a lo lejos.

Me desperté sudada. Caí en la cuenta de que nunca le había visto la cara al tipo. Para mí él era una espalda enorme y un vozarrón. La música seguía sonando. El augurio estaba muy claro: tenía que verle la cara a este hombre o si no iba a acabar con el cementerio. Así que me puse el vestido y unas chanclas y salí disparada. Caminé muy rápido por la verraquera que traía. Venía repitiendo en la cabeza las frases justas de indignación. Si me va a matar que me mate, pero yo a este no me lo aguanto.

Llegué sofocada. Le puedo jurar que ahí estaba todo el pueblo. No solo bailaban de a parejas normales: bailaban también hombre con hombre y mujer con mujer. A decir verdad, era hasta bonito, tantos farolitos de colores harían creer a cualquiera que era cierto ese cuento del cura del paraíso tropical. Del toldo colgaban veraneras florecidas. La

luna estaba creciente. En cada mesa había velas y las caras de las personas se veían todas relucientes de luz amarilla. Ni bien puse el pie en la entrada del bar, el vallenato se detuvo y comenzó a sonar ese bolero tremendo de Julio Jaramillo, ese que se llama «Ódiame». Ese que dice *Ódiame por piedad yo te lo pido, ódiame sin medida ni clemencia, odio quiero más que indiferencia porque el rencor hiere menos que el olvido*.

En esas, vi al fondo del bar la inconfundible espalda de Elvio. Como si me presintiera, se volteó. Desde lejos me clavó la mirada. Yo quedé medio aturdida. La cara con la que tanto había fantaseado no coincidía con esta que ahora me miraba. Yo lo hacía fofo, viejo y demoníaco. Resulta que tenía mandíbula cuadrada, un arco dulce en las cejas, mechones blancos alborotados y una barba rala, como de cinco días. Me dio un brinco la panza. Igual apreté las nalgas y seguí adelante, yo ya estoy muy vieja para que me derroten un par de ojos bonitos. A mí esta rabia no me la quitaba ni Pedro Infante en persona.

Ni bien llegué a su mesa, Elvio se paró y sonriendo me cantó esa parte del bolero que sonaba, esa que dice *Pero ten presente de acuerdo a la experiencia que tan solo se odia lo querido*. Me dio gracia. Era un bobo ocurrente.

—No se confunda, Elvio, yo no lo odio a usted sino a su antro. —Y ahí le dio gracia a él, y corrió una silla para que me sentara.

Yo quería despacharme ahí mismito con los reclamos, pero el Elvio me detuvo en seco y me dijo que al menos compartiéramos un trago, y me sirvió una copa de aguardiente muy llena. Yo me la tomé porque me servía para darme valor. Aprovechó que tenía la boca llena para comenzar la conversación.

—Dígame, Aíta, ¿lo que le gusta de los muertos es el silencio?

Cuando decía mi nombre se le venía un vozarrón profundo, para decirle la verdad me hacía temblar debajo de la barriga. Qué pregunta más rara para hacer, ¿no cree? Yo le dije que sí, que me gustaba que los difuntos estaban más allá del bien y del mal. Diluidos pero presentes. Como meter la cabeza debajo del Magdalena por la noche. No se oye nada, pero algo se oye. Le dije todo eso sin sentirme traicionera. Lo bueno de los enemigos es que escuchan, en eso se parecen a los muertos. Se quedó mirándome como mascando algo. Y de la nada estiró un dedo y me rozó la mano.

—Ay, mi Aíta, si usted supiera que una buena fiesta también es como meter la cabeza debajo de un río.

El roce me pasó una electricidad tremenda y me dieron ganas de pararme, pero no pude. Elvio ya había acercado la silla y su rodilla se abría camino por entre mis piernas.

—Quién le dijo que soy suya —dije bajito.

—Es una manera de decir, no se me ofenda. Nadie es de nadie. Y nada es de nada —dijo mientras seguía presionando lo justo, con su rodilla, en mi calzón.

No vaya a creer que yo era virgen. Eso es imposible hasta en un pueblo pequeño. Pero eso que me estaba pasando, nunca pero nunca. Yo trataba de poner cara de no es conmigo. Me sirvió otra de aguardiente y me dijo que por qué no le mostraba el cementerio. No me crea ingenua, pero parecía interesado de verdad. Nos fuimos caminando de la mano, como dos niños. O mejor le digo, como dos adolescentes. Qué vergüenza. Nos fuimos por atrás del bar.

Entre el pastizal no se veía nada. Me dejé llevar como una ciega por entre la tiniebla. El pasto crecido me hacía cosquillas en los muslos. En la mano del Elvio encontraba un

rumbo, sentía esa mano como si fuera todo él. El Elvio era una fuerza de gravedad. En la oscuridad llegamos a un lugar que no era el cementerio. Me alzó y me puso sobre una hamaca, y yo quedé ahí columpiándome como una niña, con las piernas colgando. En ese momento me agarró una vergüenza horrible porque pude ver, como quien ve una novela, a dos viejos escabullidos en la noche. Y pensé: Por Dios, Aíta, qué ridiculez. Pegué un brinco, aterricé frente a él, aunque no lo veía.

—Ya estamos viejos —le dije, adivinando su cara en la oscuridad.

—Sí, pero no estamos muertos. Si quiere, yo puedo hacerla sentir silencio.

Me puso la mano en la espalda y me atrajo a su cuerpo. Mi cabeza se hundió en algo esponjoso que podía ser su pecho o su cuello o vaya usted a saber. Tenía razón porque al apoyar la cabeza se interrumpió eso de mirarnos desde afuera.

Yo le cuento esto para que me entienda, no vaya a creer que es por morbosa. ¿Si no le cuento a usted, entonces a quién? Me senté en la hamaca otra vez. Elvio puso una mano en cada rodilla, su cabeza avanzaba en medio de mis piernas, boté la cabeza para atrás, mi tronco se reposó en la hamaca. Su lengua, como culebra húmeda, se abrió paso por mi calzón. Todo se hizo agua, tanta agua, como la desembocadura del Magdalena en Bocas de Ceniza. Agua que salía, agua que entraba. Cuando la inundación confundía las corrientes, me palpitaba todo como pidiendo. Para qué le cuento más, si usted ya se lo imagina. ¿No cierto? Tampoco es que sea un misterio cómo se hace el amor, pero le confieso que yo no sabía que se podía meter

la lengua por allí, ni que se podía una volver de agua, ni que después de gemir viene el silencio.

Me desperté al otro día sola en esa hamaca. Ni bien abrí los ojos se me vino encima una ráfaga de pudor, se me venían imágenes a la cabeza tan grotescas que ni le cuento. Como si pudiera verme todas esas caras y esos ruidos que yo misma había hecho esa noche. Me veía a mí misma patiabierta en esa hamaca con la cara del demonio sobándome la cucaracha. Sentí mucho asco y muchas ganas de bajar al río a bañarme. El sol me chamuscaba el cuero cabelludo y podía sentir el olor a Elvio en mi ropa y mi pelo.

Bajé. No había río. No se imagina mi impresión, era peor que ver un cadáver. Solo había un barrizal que olía a mierda, millones de peces coleteando, basura, lanchas encalladas como ballenatos muertos, tablas, pedazos de tejas y una chancla clavada. Había personas en descomposición. Oí a un pescador que puteaba a la hidroeléctrica y disparaba tiros al aire con una escopeta. Más allá la gente lloraba. Era un calor bien sofocante. Yo me toqué el vientre, y ahí fue cuando me vino la certeza de que Elvio me había embarazado.

## TIGRE AMERICANO: PANTHERA ONCA

Todavía me hago pipí en la cama. Mi mamá llora cada vez que ve la mancha en la sábana, pero se hace la que no. Lloro pasito, sin mover los hombros, casi sin mocos. La cara se le pone roja, me da la espalda y se pone a cocinar el desayuno. Son tantos años de pipís y llantos, que puedo saber si llora aún si está de espaldas. No nos gusta comenzar el día así, pero yo no puedo dejar de mearme y ella no puede dejar de llorar.

Hoy vamos a bajar al pueblo para comprar los insumos de la coca. Mamá me dice que no me ponga las botas de caucho, me obliga a ponerme el vestido rosado que me aprieta en las axilas. Ese vestido era de mi cumpleaños siete, y yo ya tengo ocho. Ya no es tan bonito como era. Tampoco me quiero poner los tenis blancos, porque tienen la parte de abajo resbalosa, y van a dolerme los dedos cuando estemos bajando por el barro. Me voy a caer, ella camina tan rápido. No quiero quejarme, sé que mamá está brava porque está golpeando las ollas en la cocina. Entonces encuentro una respuesta: me pongo una bota y un tenis. Un poquito lo que ella quiere y un poquito lo que quiero yo.

Me acerco por detrás. Le cojo la manito y le digo: Mamita, le prometo que no me vuelvo a orinar. Ella me mira los zapatos distintos y vuelve a llorar de esa forma calladita,

tan rara. Lloro y también se ríe. O, mejor dicho, sonrío. Yo le sonrío y me abrazo a su pierna, pero ella se vuelve a enfurecer. Que si no me cambio las botas me las cambia ella misma. Y corra a cambiarse, porque ella la mira a una tan seria que pueden dar temblores.

Los costales de hoja de coca están en la entrada. Mamá dice que vamos a aprovechar para bajar dos. Me quiero poner a llorar porque me voy a caer cargando esa cosa, con esos zapatos que no se agarran de la tierra y con ese vestido que me aprieta la axila. Pero no queremos comenzar el día peleando, ¿cierto? Ella también está vestida como de misa.

Cierra la casa con candado y triple vuelta, echamos a andar para abajo. Yo me voy imaginando un buen par de garras que se hunden en el barrial y así concentradita no me voy cayendo. Hoy no es como antes, que le vendíamos la hoja a Aníbal y nos daba muchos billetes y un día compramos un radio y zapatos nuevos y hasta una muñeca. Toca vendérselo todo a ellos. Todo en el pueblo es con ellos. A nadie le gustan porque tienen fusil y cabeza de pus. Mi mamá me enseñó que no los mire, y yo a veces me hago la que no, pero los veo. Son como un señor normal, pero con la mirada cagada. Los ojos les huelen mal. Los ojos son en blanco y negro y están podridos. Antes estaban con uniforme, lo malo es que ya no, ya no se sabe quién es quién.

Mi mamá me aprieta fuerte la mano y me dice: Ya sabe, Milena, calladita. Está sudando muchísimo su palma, me duele la axila y los zapatos todos untados de barro me hacen como patinar por el pueblo. Odio venir a vender la hoja, pero ella siempre dice: ¿Qué quiere que hagamos? Sin coca no hay comida. Yo pienso que no es tan así, que por

ejemplo solo comamos banano. Que pongamos veinte árboles de banano para no bajar nunca más a Tigre.

Uno que espera en la entrada de la calle principal con su fusil trinchado nos pide los papeles. Ella le pasa los carnets de plástico, él se hace el que lee, yo no le creo que con esos ojos muertos sepa leer. Huele peor que mis miaos y nos echa un humo de cigarrillo encima. Luego le mira las manos a mi mamá para comprobar que trabaja en el campo. Cuando grande le voy a decir: Nadie le coge las manos a mi amá, viejo cochino, mientras le clavo el machete en el pie. Nos deja pasar y le dice a ella «bonita». Qué ganas de vomitarnos. Yo le digo: Mamita, no haga caso. Y ella me hace la misma sonrisa de cuando está llorando.

Mi mamá vende los dos bultos y qué tristeza, no alcanza para comprar radios ni muñecas, solo para los insumos. Pesticidas, fertilizantes y esas garrafas que huelen muy fuerte. Cuando vamos subiendo de vuelta a la casa mi mamá está muy callada, hasta que me dice: ¿Sabe, miya? Esto antes no era así. Yo le digo que sí, que me acuerdo. Y ella me dice que no, que antes de que yo naciera no era así. Me pongo muy triste cuando pienso en todo lo bueno y bonito que era el mundo antes de que yo naciera. Para no llorar me imagino un frasco de vidrio adentro de mi garganta por donde se devuelven las lágrimas, que van cayéndome adentro del cuerpo. Hace un año que aprendí ese truco de aguas por dentro y cada vez soy mejor. Yo ya casito que no lloro. Mi mamá sí, aunque solo cuando estamos solas. Yo no lloro, pero me orino.

En la subida nos encontramos con doña Cleo. Ellas se ponen a charlar y mi mamá me suelta la mano. Pienso que mi mamá es más bonita que doña Cleo porque no tiene esas arruguitas que la vecina tiene en la cara y en las manos. Una pasita es la señora Cleo, o una hoja de albahaca.

Pareciera como que alguien le agarró la piel y la hizo una bolita de papel, como las que hago cuando me sale feo el dibujo. Pero huele bien. Ella también va vestida ridícula, como para misa o como cuando me regaló una virgencita en el cumpleaños. Está furiosa porque ellos van a matar a su nieto por mariguanero. Eso dice. Mamá le responde: Sí serán miserables, traficando con la coca y prohibiendo la droga. Saca los billetes que nos quedan y se los da. Tome para el pasaje, mándelo lejos, le dice. Doña Cleo se pone a llorar, pero no como mi mamá. Doña Cleo llora en serio con mocos y sorbos. Se abraza a mi mamá. Parecen una sola señora con dos cabezas. Pasa volando un miraparriba, tan lindo, haciendo un canto, las nubes pasan gorditas muy rápido. Intento mirar al sol, pero me brilla adentro del cerebro.

Cuando doña Cleo se despide yo trato de disimular el charco amarillo que tengo abajo del cuerpo. Mi mamá, que todo lo huele, se da cuenta. Me agarra muy fuerte del brazo. Ella mira pa' atrás hasta que no vemos a nadie y se pone a zarandearme. Y dice muchas veces: Qué te pasa, Milena, no te puedes seguir meando. Yo le digo que no sé, que fue que pasó un pájaro. Ahí se calma, me abraza. Ahora nosotras parecemos un pulpo de cuatro brazos o el maíz con su chuspa.

Me estoy quedando dormida y mi mamá me despierta. Tiene empacado un bolso, una linterna en la mano y cara de susto. Me desarropa. Dice que esa noche voy a dormir en la casa de doña Cleo. Yo aprieto muy fuerte la cola para no orinarme. No quiero ir para allá, donde ellos rondan y quieren matar al nieto. Mamá me alza, me peina, me pone las botas de caucho. Sus manos tan suavitas, sus tetas que son nubes abullonadas, su olor a camita abrigada. Me

aferro a su cuerpo como una garrapata prometiéndole que no me vuelvo a orinar nunca jamás. Ella me besa la frente, me dice que solo será por una noche.

No cogemos por el camino de a pie sino por entre el monte. Ella va adelante alumbrando mientras corta los yuyos con un machete. Madre abrecaminos. Nos envuelve un sonido de ranas, de grillos. Otro bichito que suena a chicharra aleteadora se me mete profundo en el oído, hasta que zumba adentro de mi cabeza. Las botas sobre el barro hacen un esquish esquish esquish esquish. Como hay luna grande mi mamá apaga la linterna. Vamos como palpando el suelo con los pies. En los ojitos siento una niebla calientita que me espesa el párpado. Hay veces que camino con los ojos cerrados.

Doña Cleo nos recibe por la puerta de atrás. Tiene la tulpa encendida, su casa está tibia, huele a aguapanela y pan de maíz recién horneado. Doña Cleo me hace pasar a la cocina con su voz suave: Siéntese, hija, que vamos a comer. Mamá le agradece y se abrazan largo. Yo aprovecho que doña Cleo está sirviendo la aguapanela para correr a la ventana. Veo a mi mamá como una silueta en la noche entrando a las fauces del monte, la acompañan otras siluetas de señoras y otros brillitos de linterna. Al menos no se fue sola la loca de mi mamá, me da esperanza de que va a volver.

Doña Cleo me hace un lugar en su propia cama. Como soy buena, me le confieso y le cuento lo de los orines. A ella le agarra una risa y me confiesa que ella también se orina sin querer. Me dice que eso se llama incoteniencia o algo así. Antes de acostarnos nos ponemos unos trapos de toalla en los calzones. Pienso por un segundo que ojalá mamá fuera así como Cleo que no le ve problema a mi problema, pero al instante me arrepiento y le rezo al Dios y al monte que me

protejan a mi amá. Justo antes de dormirme le pregunto a doña Cleo que si las ranitas no duermen, y ella me dice que no sabe.

Me despierto cuando el día tiene poquita luz y está azul. Oigo clarito la voz de mi mamá en la cocina, está charlando con doña Cleo. Hablan bajito, así como cuando uno está diciendo un secreto. Entonces me acerco, así, sin hacer nada de ruido. Oigo a mi mamá decirle: Fue terrible separar a esa criaturita de su madre. Es muy chiquita, todavía ni ve. ¿Será que nos estamos volviendo crueles como ellos? Y la señora Cleo le responde: Pierda cuidado, hija, que esto lo estamos haciendo por una buena causa. Acuérdesse de tanto sufrimiento que nos han causado.

Mi mamá se queda en silencio y agacha la cabeza. Se pone roja y, aunque no le salen lágrimas, yo sé que está llorando.

Doña Cleo le toma la mano y le dice: A la Luisa también. Y a la Mónica. No les vaya a decir que yo le conté, a ellas les da mucha vergüenza. Pero solo le cuento esto para que vea que usted no está sola. Que les ha pasado a muchas. Ellos no tienen alma y no se merecen nada.

Mi mamá hunde más su cara en su pecho, se pone las manos en la cabeza. Suelta un puño sobre la mesa. Malparidos, dice.

Hoy me desperté y mi mamá no estaba. Van varios días así, que me despierto, veo la cama rebujada. Ni rastro de ella. Toco la cama fría. Me entra un miedo terrible de quedarme sola, me imagino que ellos vienen por mí, por mi mamá, por doña Cleo. El nieto de doña Cleo ya se salvó, se fue lejos donde ellos no alcanzan a llegar. La verdad es que no me puedo imaginar dónde es eso, entonces se me ocurre que

tal vez se fue al pasado, por allá, antes de que yo naciera. Es bonito pero triste imaginar. Me muerdo las uñas y corro al baño.

Me arde el chorruto pequeñito que sale. Estoy meando, cuando escucho las botas de mamá en la cocina. Corro a su encuentro y le digo: Mamita, ¿dónde estaba? Ella se da vuelta, me mira con ojos felinos, fijos, sin parpadear. Pregunta si me volví a orinar. Le digo que no y agacho la cabeza porque me da miedo esa mirada. Las veces que la vi, la cosa terminó con palmada. En el desayuno se le afloja la cara, vuelve a ser mamá buenita, mullida, tibia. Los ojitos vuelven a ser redondos. Yo aprovecho y le digo: No me deje sola, mamita. Le cambia otra vez la vista, la mandíbula se pone como de hombre, las muelas se le cierran. Con esa cara que da miedo me dice: Ya no joda más, Milena. Como yo entiendo mucho, digo chitón chitón, para dentro. En boca cerrada no entran palmadas.

Cada día comemos peor. Ya nada de carne ni nada de leche. Lo raro es que mi mamá compra, pero luego desaparece. Hemos bajado mucho al pueblo a vender la cosecha de coca. Son muchos billetes que mi mamá gasta en leche y carne. ¿Será que se la regala a doña Cleo, que es tan flaquita y uvita pasa? Yo tengo mucha hambre o más que hambre tengo rabia de la aguapanela con pan. La lengua me sabe a lo mismo. Todo el día, todos los días. Como si hubiera pegado la boca a un hielo.

Esta noche no voy a dormir. Voy a aguantar todo el sueño y voy a perseguirla apenas se levante por la mañana. Yo me estoy dando cuenta de que esto es como en el cuento que la mamá tira los niños al bosque. Ella ya no me quiere porque soy una niña que se orina. O de pronto es que ellos la amenazaron y mamá tiene que darles toda las carnes y

las leches para que no nos maten. Si es así yo voy con un machete para defenderla.

Me aguanté mucho con todas las fuerzas, pero no pude. Me despierto orinada. Mi mamá se fue, otra vez. Se me ocurre que puede ser bueno que no esté en las mañanas, así puedo ocultarle esto del chichí. Me paro muy rápido a buscar un trapito y jabón para limpiar la cama, pero en el camino veo ese morral café de ella que lleva para todo lado. Sin pensarlo lo esculco. Adentro está su camisa de cosechar, una bolsita con billetes y un tetero de bebé. Me pasa un remolino en la cabeza y el corazón suena fuertísimo. Tun tun tun tun tun. Me mareo como cuando fuimos en la lancha por el río Guamuez y yo vi al mico churuco pasando de rama en rama. Parecía un perrito de los árboles con su pelo negro. Pero no me mareo bonito. Me mareo feo, con ganas de vomitar. Mientras se me pasa, pienso que mi mamá tiene otro bebé, tiene un bebé que toma mucha leche y come carne. Un bebé bueno que no se orina. Por eso me va a dejar. Ahí yo decido que no me voy a dormir nunca más. Que tengo que verle la cara a esa criatura.

Paso el día con escalofríos y ganas de vomitar. Cierro los ojos, me mareo, veo a mi mamita con otro niño feo. Un niño calvo que tiene dientes, come carne cruda, abraza a mi mamá y me la quita.

Cuando llega la noche estoy muy cansada, pero resisto. Se vienen unos colores dentro del párpado, pero yo abro los ojos haciendo fuerza, muevo los pies, saco el aire duro por la boca. Puedo oír que mamá ronca, ese sonido me arrulla. Le miro la cara en la oscuridad porque mis ojos ya pueden ver en las sombras. Siento ganas de acostarme junto a su cuerpo, también ganas de pegarle en la nariz. No se cambia

un niño por otro, señora. Eso lo sé hasta yo, que soy chiquita. De pronto me acuerdo de ese día en la cocina de doña Cleo; mamá dijo que le habían robado el bebé a alguien. Me doy cuenta de que todo es peor. Ella roba hijos. De pronto yo soy una hija robada. Pero algo en el centro del pecho insiste: mamita, no sea mala. Diosito, haga que no sea mala.

Creo que me dormí en algún momento porque vi tres patos rosados con mechones amarillos que pasaban en una fila haciendo unos sonidos chistosos. Lo bueno es que mamá sigue ahí, la luz se está poniendo muy azul. La oigo moverse, buscar su ropa en la oscuridad, vestirse. La sigo con mis orejas por toda la casa, hasta que oigo que cierra la puerta. Me calzo las botas, agarro un cuchillo de la cocina y salgo tras ella.

Como todavía es de noche, me llega el miedo. La veo a lo lejos separando la manigua. Corro un poquito para sacudirme el susto, para que no se me pierda la silueta de mi mamá. Caminamos así mucho rato. Ella con paso decidido, cortando ramas y pisando fuerte. Yo temblando un poquito, tratando de hacer fuertes mis rodillas. Suenan los pájaros madrugadores y los que no se han dormido. También suena un arroyo que no conozco. Me tapo las orejas para no escuchar el agua, no vaya y sea que me dé uno de mis accidentes.

Poco a poco mamá va desacelerando. Parece que ya vamos llegando. Me meto detrás de unos matorrales chaparritos para mirarla de lejos. Tengo la cara muy roja y caliente, como esa vez que tuve fiebre, veía un conejo azul que me saltaba en la mano. Agarro tierra, me echo barro en el rostro para que se apague el fuego. Cuando vuelvo a levantar la cabeza puedo ver que mamá se acerca a algo. Parece una casa para gente enana, o una cuna o una cueva.

Voy a tener que acercarme más porque desde aquí no veo. Así que voy moviéndome muy despacio, mientras la sangre me suena en la cabeza.

Es una jaula. Mamá esta agachada y agarrada de los barrotes. Adentro hay un gato grande que chupa un tetero que ella le extiende. Es un gato bellísimo, con manchitas color café y piel amarillo oro. Chupa y chupa esa teta de plástico y se arma como una sonrisa de gato. Se debería llamar Sonrisas. Pero a mi mamá no le va a gustar y seguro le pone un nombre aburrido como Valentín o Emiliano.

De repente ella gira brusca, saca la linterna y me alumbra en plena cara. Yo quedo ciega. Estatua. La oigo acercarse corriendo. Me zarandea con fuerza. Me grita. Siento el olor de su aliento, algunas babas me salpican. Ella me aprieta los brazos y sigue gritando. Me da una palmada limpia y seca en la cara. Suena sobre mi cachete como el rejo que se le da a los caballos. Yo me boto al piso. Nunca me ha pegado así de duro. La cara me quema. El cuerpo me quema. Adentro, un desierto.

No oigo nada.

No me doy cuenta de en qué momento comencé a llorar, pero no puedo parar. Me sale hartísima agua de los ojos.

El día comienza a ponerse azul.

Mamá me alza en sus brazos. Busca un claro en el que extiende su poncho. Se sienta como los indios y me acuna como cuando era más bebé. Me consiente la cara con mucho cuidado. Como las hormiguitas. De a poco vuelvo a escuchar los pájaros y estoy meada. Giro la cabeza, veo que el gato sigue ahí en su jaula, arrastrando el tetero por todos lados con su boquita. Me da risa. Ver al gato me saca el miedo.

Cuando dejo de llorar mi mamá me sienta frente a ella. Tiene una cara muy seria que nunca le he visto, pero que no me atemoriza. Con una voz como de profesora me dice: Milena, no le puede decir a nadie del jaguar, porque nos matan o algo peor. Yo le respondo que no tiene nada de malo tener un gato. Ella me dice que no es un gato, que es más bien como un tigre. Yo creo que vamos a poner un circo o que mi mamá es más rara de lo que pensaba. Luego me dice que ellos hacen cosas peores que matar. Sobre todo, a las mujeres. Hacen cosas tan horribles que ella no las puede contar. Ahí mi mamá se pone a llorar mucho, muchísimo. Yo le digo: No llore, mamita. Le acaricio la cara, el pelito. Le doy besos de hormiguita. Si fuera más grande me siento como un indio y la arrullo. Es una bebé a veces mi mamita. Ella insiste, que le prometa que no digo nada. Y yo que sí, que se lo juro por mi vida.

El sol ya está amarillo cuando volvemos a casa. ¿Qué será eso tan horrible que hacen ellos a las mujeres? Les sacan las uñas, les sacan cada pelo, les queman las manos con fuego. No me quiero imaginar más. Le tomo la mano a mi mamá y volvemos en silencio.

Todos los días vamos a ver al tigre. Y cuando no lo veo lo tengo siempre en mi pensamiento. Cierro los ojos y ahí está Sonrisas o Valentín o como se llame. Tiene la lengua rosadita. Me lame como lija, hace cosquillas. Jugamos. Le tiro piedritas, ramitas y hojas. Todo el día quiero ir a la jaula, pero mi mamá me vigila muy atentamente. Como el tigre se ha hecho grande, tengo prohibido entrar. El otro día descubrimos que es tigra o jaguara, porque no tiene bolitas, y ahora la quiero más. Hoy me metí a la jaula cuando ella no estaba mirando, la tigra solo me lame. Estoy segura de que algo tan lindo no puede matarte. Mi mamá me explicó que

otras mujeres vienen también y le dan de comer, que la tigre es de todas. Me puse tan triste. Ojalá fuera solo mía. Ya no me orino tanto.

Sueño con la tigre. Yo estoy del otro lado de la jaula mirándola, y ella me habla con los ojos, oigo su voz de tigre dentro de mi cabeza. Me dice que no quiere estar encerrada porque no cometió ningún crimen, que las cárceles son para los malos. Quiere estar en el monte, comer chigüiros, venados y tapires. Quiere rascarse el lomo con los árboles, buscar el amor y rugirle al viento. Me despierto llorando. Me pongo las botas, camino por la casa en busca de la linterna y el serrucho.

Mamá me siente, se despierta. Me agarra con las manos en la masa. ¿Qué cree que hace, Milena?

A mí ya no me importa nada y le digo que me voy a liberar a la tigre. Ella sube la mano. Yo me tapo la cabeza para no recibir el golpe. Pero la mano me alcanza con suavidad. Mi mamá me está acariciando y sonrío. Se pone a reírse. Yo me río también. Esta verraquita me salió valiente, me dice mientras camina hacia la cocina. Prende el fogón y me prepara un chocolate. Nos sentamos como si fuéramos a desayunar, pero es la mitad de la noche. Vuelve a poner cara de profesora y dice: Mija, tenga paciencia. El sábado vamos a sacar de paseo a la tigre. Ella nos va a hacer un favor, ya luego va a quedar libre. Usted y yo estamos en una jaula también. Necesitamos que ella nos ayude a abrir la jaula. Nos vamos a liberar todas juntas. Ahora, duérmase.

No entendí mucho, pero a mi mamita le creo. Nos dormimos en la misma cama y no me orino. Sueño que el mundo son jaulas dentro de jaulas. Salgo de una y llego a otra que es más grande.

En esos días hay mucho movimiento. Señoras que vienen por el monte y se van. Incluso vino Julián el lechero,

con camión y todo se metió en la selva con mi mamá. También hay maletas, mamá dice que tienen que ser pequeñas. Solo puedo llevar un juguete, pero tampoco es que tenga muchos. El osito es el elegido. Ella lo aprieta mucho dentro de una bolsa plástica, siento que me crujen los huesos.

Mamá me vuelve a dejar en la casa de doña Cleo. La viejita uva pasa está todavía más flaquita pero los ojos le brillan en la penumbra. Me da un rosario, me pone a rezar. Me da pan de yuca, buñuelos, chocolate. Parece navidad, pero de terror. Yo le sigo la cuerda, pero en la mitad de la comida un chorrito caliente me baja por la pierna. Cleo no tiene buen olfato, ni escucha, ni ve. Yo dejo el charco un rato hasta que le confieso. Confieso que me he meado. Doña Cleo se ríe. Me cuenta que los tigres orinan para marcar el territorio, es una forma de decir: esto es mío y yo existo. Me hace ilusión parecerme a la tigre. Repito en mi cabeza: esto es mío y yo existo.

En la oscuridad, mamá me sube al camión del lechero. En la parte de atrás van muchas familias, todas apretujadas como los granitos de maíz en la mazorca. A los más pequeños nos hacen acostarnos en las sillas de atrás y nos cubren con una cobija cuatro tigres. Todos tenemos calor. Todos tenemos miedo. Las partes del cuerpo de unos se me clavan en mis partes del cuerpo. Siento un codo en el cachete y una cabeza en la rodilla. Ya no veo nada, solo siento la respiración de mucha gente, muchísima, de todas las personas del mundo. Nadie se queja. Somos estatuas que respiran y se recalientan y se clavan pedazos de cuerpo.

De a poco nos respiramos más tranquilos. Ni mi amiga Lucero, que era tan experta en las escondidas, adivinaría que hay tanta gente en este camión. Es tanto el silencio que

oigo una mosca volar, también oigo la sangre de las personas fluyendo en sus cabezas como el río en la lluvia. Oigo también un ruido fuerte de metales y un maullido reprimido. Pareciera que la tigre sabe que estamos jugándonos por el silencio.

El camión arranca. Con el balanceo por el camino de ripio, los codos y las rodillas se clavan aún más. Nadie se queja. Pienso que somos todos tigres. Veo los ojos de otros niños brillando en la oscuridad. Tenemos manchas y pelitos. Somos tan malos cuando queremos.

Sé que estamos entrando al pueblo porque el camión ya no se bambolea. Se oye un ruido fuerte de vallenatos, voces de hombres que cantan desafinados, ruido de botellas, de sillas plásticas. Ruido de machos. El camión frena, el mazacote de personas se espicha más. Pero nadie respira. Se oye la puerta delantera que se abre. Siento muchísimo mareo, veo puntitos de luz que se mueven muy rápido, como chispitas que se me metieron al párpado. Ya no siento mi cuerpo, soy solo una oreja que escucha. Oigo pasos que van hacia la parte de atrás del camión. Luego un ruido metálico seco, pasos de alguien que corre. Un rugido increíble, que suena a terremoto, a tierra enojada, a destrucción.

Alguien se sube al camión, lo prende, acelera. Atrás van quedando gritos de terror, sonidos de huesos que se rompen, rugidos y balas. Yo veo todo rojo adentro de mi cabeza. Vamos muy rápido, todos los cuerpos se comprimen más. Los niños comienzan a llorar. Alguien grita. No se puede respirar, el aire se volvió de gelatina.

El camión frena. Nos quitan la cobija de encima y respiramos como cuando uno sale de nadar mucho tiempo bajo el agua. Busco la cara de mi madre y no la veo. La gente parece de plastilina. Un señor me alza y me deja en el

suelo. Entre piernas y piernas por fin reconozco las botas de mamá. Me da la mano. Tengo mis pantalones muy orinados, pero nadie se da cuenta. En fila india, todo el pueblo se interna en la selva. Dicen que en doce horas llegaremos a Ecuador. Algunos celebran y otros lloran. Yo sé que la tigre nos viene siguiendo.

## MINGUS EL ARDIENTE

El día de la crecida del arroyo, Kayin reparó por primera vez en el rubio. Ese blanquito de pelo amarillo y carita de abandonado. Los vecinos arrastraban sus botas de caucho por los ríos de barro. Los niños hacían guerras de agua, los balones chapoteaban en la tierra húmeda, y los gallos aleteaban desde las ventanas y los techos.

Kayin caminaba con esfuerzo por el barrizal, traía al hombro un costal de yuca y coco para que su madre cocinara los enyucados, las panelitas de leche y las alegrías. Venía sudando y maldiciendo. La humedad, el cacareo, el olor ácido de la tierra lo traían triste. Le enfurecía la contradicción de la miseria. La leyenda de San Basilio de Palenque como el primer pueblo de esclavos libres de América y ver a su madre salir, de madrugada, con una ponchera en la cabeza para vender dulces a los blancos turistas en Cartagena. Libres un carajo.

Al pasar por la plaza, vio al rubio sentado bajo la estatua de Benkos Biohó. Tenía una enorme mochila verde desteñida y la piel roja en la nariz y los pómulos. Ojitos de ternero, ojitos de viajero buscando alojamiento gratis. Sudaba. La gente iba a su lado sin verlo. Otro gringo más, pero con cara de gringo pobre. Los palenqueros ya estaban hartos de recoger yanquis, darles comida, aparecer en sus documentales independientes y nunca más saber de ellos. En cada casa de Palenque se arrumaban papeles viejos con

números de teléfono en Bélgica, correos electrónicos, direcciones web. Recelaban sobre todo de los viajeros de mochila, que no traían dólares y se bañaban todos los días gastando, sin ninguna vergüenza, el barril familiar de agua lluvia. Que insistían en bailar con las mujeres jóvenes, moviendo las caderas con insipidez y arritmia. Kayin, sin embargo, sintió lástima por el gringo. Llegaste tarde a la fiesta, papá, pensó, mientras pasaba de largo. Volteó la cabeza al caminar y le vio cara de gato triste. La mismísima cara del gato triste que hace muchos años Kayin había llevado a su casa.

Después de la siesta, Kayin salió a caminar el pueblo. Encontró al rubiecito jugando fútbol con algunos jóvenes. Seguía teniendo carita de ternero. Seguía rojo y pateaba el balón con sus chanclas embarradas. La gente soltaba risitas, le gritaban:

—¡Arriba, Messi! —Y remataban el chiste en lengua criolla palenquera.

Era triste verlo, con su cuerpo escuálido, jugarse la hombría y la dignidad en este pueblo de negros monumentales, calientes y fornidos. El rubio seguía con una determinación animal. Corría en chanclas, gambeteaba con desespero. De repente hizo un gol bestial. Un gol agónico y se acabó el partido. Los muchachos le tocaron el hombro y se fueron. El rubio volvió a quedar muy solo junto con su enorme mochila, verde desteñida. Rojo como un camarón, hiperventilaba. Le caían goterones de sudor como lágrimas. Kayin se acercó. Le habló con un inglés magullado. El rubio salió por un momento de su trance de gato y lo miró a los ojos. Eran ojos de ternero que sonrío. Un filamento triste. El rubio tenía mirada de telaraña. Por fin le respondió en español.

—Me llamo Bruno Bahl.

Kayin se pasmó, el rubiecito era argentino.

—Por eso te gritaban Messi.

Respondió con un fulgorcito en su mirada y bajando la cabeza.

Lo llevó directo a su casa. Le permitió sacar una carpa azul y desteñida y ponerla en el patio junto a la huerta. Le cocinó plátano maduro con fríjoles y como postre, en un plato pequeño, enyucados, panelitas de leche y alegrías. Trajo también una hamaca, que colgó junto a la suya. Una hamaca fucsia, firme, entre dos platanales erectos. Bruno lo miraba hacer con una quietud cercana al agradecimiento y devoró sin quitarle la mirada. Kayin pensó que este hombre tenía algo así como una animalidad tierna. Una bestia, dulce adentro.

En las tardes letárgicas de San Basilio, se acostaban lado a lado en las hamacas plataneras y se contaban, de a trozos, la vida. Bruno aprendió que Kayin era el único hijo varón de un afamado tamborero muerto. Todos en Palenque esperaban que tomara el trono del tambor. Kayin era un buen percusionista, pero no le gustaba mostrar los dientes, medir su honor o el tamaño de su pene. Era tímido. Su ritmo era perfecto, sincrónico, como un metrónomo y eso generaba cierta desconfianza en las mujeres de San Basilio. Se sabe que un ritmo perfecto da cierto sabor inhumano al coito. Así, Kayin no tenía banda, ni novia, ni prestigio. Era el hijo sombra de un rey muerto.

Kayin supo que Bruno era el hijo menor de un inmigrante alemán y una mujer argentina que a su vez era hija de inmigrantes alemanes. Sus tres hermanas mayores eran profesionales en distintas áreas de la ciencia. Las Bahl: la cirujana, la bacterióloga y la bioquímica, todas con sus hijos rubios, sus casas prístinas de barrio cerrado y sus

maridos acartonados. Bruno, por su parte, no había terminado ninguna carrera, sabía un poco de letras, de antropología y de teatro. Llevaba para todos lados su saxo soprano. Bruno, el músico aficionado, siempre generaba cierto desfase en su tribu. Las emociones caóticas y tropicales se le arremolinaban en la mesa del almuerzo y terminaba haciendo chistes incomprensibles. Le encantaba el absurdo, la contradicción, la improvisación. Era como una cáscara de mango, colorida y chirriante dentro del mecanismo preciso de un reloj. Bruno era una vergüenza, una turbación genética. De chiquito, fantaseaba con que su padre era un hermoso sonero negro en Cuba. En la adolescencia se sabía hijo espiritual de Coltrane. A sus treinta, empacó la carpa azul desteñida en la mochila verde y emprendió su épico viaje al Caribe. Y ahí estaba, hamacándose junto a Kayin, frente al tedio natural de San Basilio.

Cuando terminaron de contarse sus historias, volvieron las lluvias. Con ellas, el aburrimiento y el vaho verde. Kayin comenzó a envidiar a Bruno en secreto. Su descuido se parecía a la libertad. Agarrar la maleta e irse. Dejar el mundo como si nada. A Bruno le parecía que Kayin era un adonis negro. Un titán, heredero del sonido primordial. Un percusionista ancestral y exacto, como una pieza africana de ingeniería. Bruno lo admiraba, con un ímpetu recalcitrante muy parecido a la envidia o al deseo.

Al tercer día de lluvia, cuando el arroyo amenazaba con crecerse otra vez, Bruno rompió el hielo. Sacó el saxo. Kayin lo miró pudoroso. Acomodó la boquilla, sopló generando un sonido seco y tocó algunas notas en falso. El saxo se veía como una iguana de oro, una iguana planetaria. Una posible máquina del tiempo, un animal temido y esperado. Se soltó de pronto el animal y lo inundó todo. En el pueblo pensaron

que se les venía encima la voz del río. Así fue como Kayin conoció el jazz, borbotón de sonido y una trompa metálica con botones. A Bruno le gustó verlo así, embobado como un niño. Un niño titán.

Al quinto día de lluvia ya tocaban juntos. Armonías de Coltrane sobre ritmos de bullerengue sentado. Solos de Jane Ira Bloom sobre una champeta lenta. Algo que se amalgamaba. Algo triste como El Sexteto Tabalá y Miles Davis en un entierro. Algo muy de todas formas negro. La gente, curiosa y reticente, se paseaba con sombrilla bajo el aguacero para oír a este ensamble de hombres raros. Nunca San Basilio pareció tan triste y lindo. A la gente le agarraba la melancolía y decía cosas idiotas como de turista: qué linda la lluvia, qué verde la montaña cuando cae agua y qué oloroso el mango. Obviedades de burgueses. Los tamboreros viejos sentenciaron que Kayin era una vergüenza para la tradición palenquera. Y soltaron el rumor de que Kayin tocaba música de cachacos. Cuando dejó de llover, Bruno y Kayin salieron a caminar por el pueblo y descubrieron que el chisme ya había escalado hasta el punto en que decían que eran novios. Los bautizaron los novios de la corneta.

Kayin se alteró. La habladuría le recordaba sus años tristes en la escuela. Siempre fue el niño marica. El niño tímido que toca el tambor como robot sin sentimiento. En el vacío de su ritmo perfecto, habitaba una tristeza inmensa y un milagro diminuto. Volvió a la casa y tras varias horas de silencio, le dijo a Bruno:

—Bueno, rubio. Yo voy a seguirle el ejemplo. Me voy. Ya no me mamo a San Basilio.

—Vos te venís conmigo a Buenos Aires —le respondió Bruno el arrebatado.

Llegaron en verano. A la ciudad perfecta en el momento preciso. Toda hinchada y suelta como el tronco del palo de borracho, pero espinosa. Bruno le alquiló un pequeño departamento en San Telmo, a pocas cuadras del suyo. Ya no compartirían la comida ni el baño ni el ronquido, pero Kayin reconoció que era la manera en la que el rubio le retornaba su hospitalidad.

Los primeros días Kayin se dedicó a vagabundear bajo el sol, mientras Bruno visitaba bares con una grabación casera, buscando lugares para tocar. Kayin caminaba sintiendo la ligereza de no cargar bultos de yuca por el barro. Bruno no tardó mucho en conseguir un buen espacio, pues las rubias hermanitas Bahl eran amigas del dueño del Bebop club, un lugar pretencioso y con encanto, especializado en jazz.

La tarde antes del concierto, Kayin se aventuró en su caminata más allá del barrio. Tomó Perú desde Caseros hasta Corrientes. La multitud de caras en la peatonal se le vino encima como un alud. Rostros senegaleses, chinos, italianos, españoles, indígenas y judíos. La biodiversidad humana. Kayin sintió que se internaba en la montaña. Tanta vida, tantos sonidos. La música que contiene al caos y el caos que contiene a la música. Sintió la luminosidad del anonimato. Se vio alto, mirando desde sus zancos caribeños el turbión de la ciudad.

Atardecía cuando llegó a Corrientes. A su izquierda el ocaso caía sobre el Obelisco. El gran falo penetraba la tarde. Ese faro, ese pene, ese monje blanco entrando en la espesura aparente de las nubes. La carnosidad de papaya que recibe lo seminal de la vida. Sintió su propio falo como un metrónomo. Vivo.

Regresó por la misma calle. Mientras terminaba de oscurecer, esperó a Bruno en la esquina de Perú y Moreno.

El rubio apareció en el mismo instante en que se iluminó el tendido eléctrico. Caminaron juntos el par de cuerdas hasta el club. En un gesto tan fraterno como sensual, Bruno le tomó la mano. Kayin, drogado, así como estaba con el concierto, los farolitos y la ciudad, no lo rechazó.

El club se llenó. Tocaron. Tocaron bien, como si estuvieran en el patio de San Basilio. El efecto del ritmo perfecto de Kayin en Buenos Aires era el opuesto. Su metrónomo interior excitaba las caderas de todos los presentes. Sintió cómo las ráfagas del tambor inundaban el club, disolviéndolo todo. Bruno cabalgaba libre sobre el tiempo. Kayin cerró los ojos y vio a un papagayo con una espada láser. Vio ballenas que encallaban en los senos planos de mujeres alargadas, la cara de su madre coronada en flor de plumerillo rosado y caderas de palo borracho. Abrió los ojos para el aplauso.

Esa noche Kayin llevó a una mujer a casa. Una chica tersa que estudiaba música. Ella le habló de un tal Charles Mingus y le abrió el vientre con aguas generosas. Kayin no sintió ninguna torpeza sexual. Su ritmo metronómico la hizo llegar. Un solo de trompeta perfecto. Al día siguiente despertó angustiado. Se había dejado llevar por el impulso de la noche y ahora se sentía atrapado. Temía que la chica tersa quisiera un amor formal a lo palenquero. Estaba ahí rumiando miedos cuando la chica despertó. Despreocupada, preparó un café que tomaron en silencio. Se levantó de pronto, lo besó en la frente y abrió la puerta.

—Chau, Mingus el ardiente. Que sea un éxito tu gira — dijo, mientras la puerta se cerraba con un clac.

Kayin quedó atónito. Entró al sexo casual como quien entra al jardín perdido.

La magia se repitió en varias ocasiones. El club de jazz renovó la temporada. Kayin tuvo entonces dos shows

semanales y encuentros con muchas jóvenes tersas, redondas y despreocupadas. Rápidas. Distantes. Anónimas. Cada noche un matrimonio sagrado, irreversible y pasajero. El dúo cobró una modesta fama en el público especializado. El ritmo de Kayin para la cama y para la música se rumoreaba por las callecitas adoquinadas de San Telmo.

Una mañana inusualmente fría, Kayin salió a comprar fruta. El viento le entumeció los muslos bajo las bermudas. La cotidianidad del sexo casual se le instalaba como un fastidio pequeño que creció cuando descubrió que las sandías y los melones escaseaban. Caros y desabridos. Para colmo esa misma semana conoció la ridiculez de los ascensores porteños. Bruno lo había citado en su departamento para firmar no sé qué contratos. Kayin subió al aparato junto con otros vecinos apurados, sin entender del todo que la puerta se abría y cerraba con la mano. Los otros se bajaron en algún piso intermedio. Cuando el ascensor llegó al doceavo piso, Kayin esperó en silencio a que la puerta se abriese. Pasaron veinte minutos en los que oscilaba de la tristeza al pánico. Se vio muy solo, muy extranjero, muy negro, muy olvidado. Una aguja de resentimiento le pinchaba las costillas. En tres meses, Bruno no lo había llevado a conocer a su familia. El yunque de rechazo le cayó encima. Lloró en ese ascensor. Un niño caribeño de cinco años.

Cuando logró descifrar el mecanismo del aparato ya llevaba media hora de retraso. Bruno abrió la puerta con la cara lívida de rabia. Le hizo firmar los papeles y lo sacó de su casa, no sin antes regañarlo. Su cara de alemán, mascando ira, le decía:

—Sos cualquiera, chabón. Estamos a punto de lograrlo y vos no hacés el intento. Llegás siempre tarde. Decime, ¿te importa esto?

Kayin reprimió las ganas de llorar. No le contó lo del ascensor, lo de las mujeres pasajeras, ni lo de la sandía. Reprimió también las ganas de reclamar. Tal vez él era el negrito exótico de los enyucados. La atracción del pequeño circo musical de Bruno.

Los días que siguieron se hicieron más fríos. La ropa de Kayin era cada día más inadecuada. A Bruno lo veía cada vez menos, solo en los conciertos. El flemático Bruno, que ahora solo hablaba de plata y de negociar un concierto con un gran teatro. A Kayin le daba lo mismo, pues las sandías, las fresas y los duraznos habían desaparecido de las verdulerías y tenía frío siempre. El concierto prometido le sonaba a ridiculez, a coco vacío. No conseguía hablar con su madre, cada vez que llamaba a la central de teléfonos del pueblo, se caía la conexión.

Dejó de llevar mujeres a su casa. Compró unas mantas y dos pantalones en Once. En el subte, a través del ruido de las vías, pensó que nunca había usado pantalones. Las señoras que se teñían el pelo de amarillo chamuscado apretaban sus bolsos al verlo. Supo que el mundo se estaba enfriando. Intentó llamar de nuevo a su madre sin conseguirlo. Y por esos días lo asaltó una certeza. El apocalipsis había comenzado. Venía notando que las hojas se caían de los árboles y los gavilanes caracoleros habían desaparecido del cielo. Todo se moría alrededor y nadie se daba cuenta. Siguió intentando llamar a su madre, para escuchar el sablazo de un bep bep bep. Así que salió a la calle a juntar cartón, con otros seres de la noche. Lo trajo a casa y cubrió las ventanas. Compró latas y se preparó lentamente para el fin. En medio de los preparativos recibió una llamada. Bruno el excitado le hablaba del concierto en el Gran Rex. En ese punto, para Kayin todo lo de afuera era

enfermedad y negación. Él era el último hombre cuerdo y moriría con dignidad.

La noche del Gran Rex, Kayin se acostó en su cama a pensar en el mango, en el plátano maduro frito, en la cara de su padre. Se tocó el pene usado y le dio vergüenza o compasión. Se lo acarició con ternura y sintió tristeza de morir así. Estaba alucinando con papagayos y con metralletas cuando entró Bruno de un portazo.

Entró puteando, fuera de sí. Kayin se acurrucó. Se veía diminuto. Frágil. Lloraba sincrónicamente, metronómicamente. Bruno, en medio de los gritos, lo vio pequeñísimo y se impresionó.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? Decime, Kayin.

Pronunciando así Kashin, dulcemente. Pegó la boquita a su oído. Kayin le dijo de un golpe todo: que el mundo se estaba acabando, que las mujeres frías lo consumían, que no podía hablar con su madre, que se cagaba de frío, que lo extrañaba, que no le había presentado a su familia, que era un negro solo. Al acabar la retahíla respiró hondo y le cayeron dos goterones enormes, sincrónicos, por las mejillas. Bruno vio en Kayin su propio desamparo, su propio frío. Le metió la lengua en la boca, un chorro de calor. Kayin se abrazó como garrapata a su torso. Las dos erecciones se tocaron como la unión de dos montañas que se han esperado largo rato. Bruno lo desnudó con cuidado. Sosteniendo su falo con ternura alemana, suscitando un río de nieve tibia. Sacó su propio pene y así, cabeza con cabeza, se tocaba la humedad. Se creó el mundo. Jazz. Son irreconocibles las partes. El caos que contiene la música y la música que contiene al caos. Eyacularon exactamente al mismo tiempo. Se escuchó en la cancha de Boca un grito multitudinario. Afuera llovía.

Kayin se adormiló en los brazos de Bruno. Antes de caer en el sueño le dijo:

—¿El mundo se está acabando?

Bruno se rio enternecido.

—No, mi amor, solo es el otoño.

## ESPERAR EL ALUD

Yo río  
de tus cóleras inútiles, oh Río,  
oh tú, Bredunco, oh Cauca, de fragoroso  
peregrinar por chorreras y rocales  
—atormentado, indómito y bravío—  
y de perezas infinitesimales  
en los remansos de absintias aguas quietas, y de lento girar en espirales,  
y de cauce limoso!  
Oh Cauca, oh Cauca Río!

—Relato de Erik Fjordsson, León de Greiff

Te estás quedando dormido cuando la sangre se te remueve. Puedes jurar que afuera suena un bramido de montaña. Profesas con todos los sentidos que se viene una avalancha. Así en calzoncillo sales del rancho y nada. La noche hecha montaña, hecha río, está quieta. Podrías decir mansa. Abres la boca y lo dices: La noche está mansa. Sombras dúctiles del río Cauca, que relampaguean. Sombra sobre sombra, ves tu rancho como gato en la noche.

Hace semanas que es lo mismo: sabes que se te viene encima el Cauca, pero cuando sales del rancho encuentras la misma noche quieta. Aprovechas para orinar y alguien te mira de atrás fijo. Te mira la nuca. Alguna vez alguien te dijo: cuide la nuca, Flower Jair, siempre cuide la nuca. Entonces te das vuelta y ves, en la rama de tamarindo, a un cóndor. *Cóndores no entierran todos los días* fue una película que alguna vez viste cuando te importaba algo y te

hacías el líder y recibías en tu casa a guerrilleritos lindos y pulcros de ciudad. Ahora que ya no te importa nada, te ha habitado un silencio que es sabiduría dura. La sabiduría de dormir, comer y cagar. Cóndores no hay en Ituango a la vera del Cauca. Te mueves bruscamente para que el bicho no piense que estás muerto. Cuando los grandes depredadores se mueven monte abajo, algo está mal. Eso decía la abuela Lidia, que también decía que los animales que dan miedo son los más débiles. Que uno agarra a talar el monte y son los primeros que se van. El cóndor sigue muy quieto y muy fijo. Muy encarnizado en mirarte. Se te comienza a abrir el oído hasta volverse un tímpano total. Ahí te percatas de un quejido muy tenue que sale del pulmón del pájaro. Le hace mal la vera del río, el olor a platanal. Haces un esfuerzo para hablar suave y le dices: No se mueva que lo voy a soplar. El cóndor agradece con un movimiento imperceptible de la pata izquierda. Le acercas la cara al pico, que en sí mismo parece un animal. Le soplas un taco de aire seco, definitivo. El ave parpadea, grandes cortinas de piel y noche. Y se va.

Tú sabes que has hecho algo olvidado. Que corres peligro. Que ese soplo que acabas de inventar puede desenterrar cosas que ya no quieres saber que sabías. Así comienza el frío o el fin. Que hablar con animales llevó a todos a la muerte. Te reprimes. Sabes que seguir el hilo de la recriminación también te va a llevar al recuerdo, y el recuerdo destruye lo único real: dormir, comer y cagar.

Tú eres Flower Jair Trompeta Pivé, y peores enemigos no te mataron. Tú barequeas, le sacas pepas de oro al río con una batea, vendes el oro y compras comida. Haces fuego, barres, miras al mundo, y el mundo no te mira a ti. No le pides nada a nadie, y en la noche no sueñas. Aprendiste disciplina de muy niño, cuando te llevaban a la siembra, al

ordeñe, a la lluvia, al sol, al viento. El método se estrechó por allá en los ochentas cuando te enrolaste en el Quintín Lame. Te sorprende que los paramilitares se tomen siempre el nombre de aves; los pájaros, el cóndor y las águilas negras. Tanto es el deseo que tienen los animales rastreros de volar. Te preocupa que el cóndor te haya visitado como un augurio de viejos adversarios. Tanta gente que te quiso matar y no pudo. Eso debe generar una turbulencia en el tejido de tu vida, una soga que tira para atrás. Rectificas el pensamiento; recordar viejas batallas atrae viejos abismos. Te concentras en la batea, en el goce del agua fría y la coronilla caliente.

Las conversaciones de las barequeras se hacen música de fondo. Cantaoras, madres, mozuelas. Mulatas doradas. Las edades de la mujer y la cadera. Aunque no socializas de a mucho, te place estar cerca. Cuando te juntas con ellas aparece más oro en tu tamiz. Este gusto por las mujeres puede venir de tu nombre. Flower es flor y es una especie de vagina. Te sabes en parte mujer, en parte guerrillero desertado. Pero de la guerrilla no se deserta. Se ahorcan los hábitos, como en cualquier religión. Secularizarte. Esa es tu única lucha de clase.

Las mujeres más jóvenes sueltan un grito y corren hacia la orilla. Hace días que dicen que alguien las toca, en sus partes, bajo el agua. También dicen que alguien espía cuando se bañan a la madrugada. Piensas que tal vez se trata de una alteración del monte, más profunda de lo que sospechabas, están bajando predadores de tierras más altas a mirar lascivamente a las mujeres. Caudales de desorden.

Tú también sales del agua. Se arma un corrillo. Tú aprendiste que entre mujeres se escucha, así como entre el río, así como entre la noche. Nataí, una negra de Bocas de Ceniza, dice que esto ella ya lo ha visto antes. Recomienda

a las muchachas que no salgan a barequear porque el hombre caimán está rondando el Cauca y puede embarazarlas. Tú te indignas y te enfureces dentro del silencio. La vieja Nataí va a espantar a cada mujer de la vera del Cauca. No quieres quedarte solo con el río. Resoplas para adentro mientras las muchachas se van.

Te sientas en la orilla. Un pez salta directo a tu regazo. Agoniza sobre ti, aletea violentamente. Lo quieres agarrar, pero no existe. Su lubricación fantasma te desasosiega. Te paras para no sentir el espíritu del pez. El monte te mira con millones de ojos. Te ha rodeado la oscuridad de la manigua. Algo muy antiguo dice tu nombre en reversa, ves como el río se recoge y en la otra orilla un hombre mitad caimán engulle yuca y ron. Una mujer con dos pares de tetas que cuelgan acaricia la cola del caimán con una metralleta.

Echas a andar para tu rancho, apretando el culo. Te sudan las manos, los testículos y la cabeza. Te acuestas en tu catre y cierras los ojos. Sube la fiebre. El dolor hace carne en tus articulaciones. Haciendo un gran esfuerzo caminas hacia la cocina. Rebuscas en una caja bajo el fregadero. Borracho de pánico, sacas de una bolsa plástica las hojas secas de coca, hojas de ruda macho y tabaco. Armas un delicado amasijo y lo introduces en tu boca. El paladar se transforma en una matriz resplandeciente. En la oscuridad una danta dorada te besa los pies. Escupes con cuidado el amasijo ensalivado: tiene forma de hijo. Ubicas el sur cósmico. Orientado por una sombra sales del rancho. Siembras a tu hijo en los cuatro puntos y te entierras a ti mismo.

Amaneces aterido de frío a medio enterrar en el patio trasero. Lo que has hecho no tiene nombre, te temes. Todo lo de Lidia, su lengua y sus costumbres ha de ser tapado. Te hiciste cargo antes del dolor, y sabes que el dolor es un

callejón sin salida. Nunca más, te dices, y te apuras a volver al rancho. Toda la casa apesta a Lidia. Aunque estás agotado no puedes dormir, das vueltas en el catre y en el pensamiento. El hombre caimán es un ser del Magdalena. El Cauca es otra cosa, otro caudal, otros nombres del sufrimiento. Por fin duermes.

Despiertas de noche, desorientado. Prendes la tulpá. Y otra vez escuchas clarito que el río se te viene encima. Así como contaban que bramaba Armero, así brama el río. Sales con linterna a revisar, iluminas ladera abajo. Detrás de un matorral que hiede a muerto, alcanzas a alumbrar una cabellera. Un hombre de ojos rasgados y pelo negro se acerca a ti. Es bello como un toro. El hombre se acerca cada vez más. Tú no puedes moverte, estás clavado por una mezcla de fascinación y miedo. El hombre te dice que la naturaleza es el libro de Dios. Con la mano callosa señala río arriba. Te das cuenta de que este hombre es Quintín Lame, el que fue preso cien veces, al que seguían cincuenta mil indios caucanos y murió en la pobreza. En la guerrilla te decían: Esto es una guerra de baja intensidad, como si las balas fueran de menor tamaño y no mataran. Eso de andar haciéndose el Jesús era tan inocuo como estar hablando con el mismo Quintín Lame. Le respondes, no, señor, a yo ya no me interesa. Quintín Lame se va.

Detrás del matorral encuentras el cadáver de un gato montés. Traes la pala y cavas. Lo entierras y lloras. Hace años que no lloras. No puedes parar. Se te inundan los pulmones. Dices mamita, papito, sol y tierra. Te clavas las uñas en los ojos. Adentro del párpado, fuego y ardor. Bajas al río a seguir llorando. Te da la caminadera. Chillas y caminas. Caminas monte arriba. Escuchas tus propios pasos, que hacen un ritmo constante. Entrás en trance. Comienza a sonar en tu cabeza esa canción que cantaba la

negra Sosa. *Cuando tenga la tierra / le daré a las estrellas / astronautas de trigales, luna nueva, / cuando tenga la tierra / formaré con los grillos / una orquesta donde canten los que piensan.* No te das cuenta en qué momento comienzas a cantar con tu voz, a jurarle a la semilla que la vida será un dulce racimo. ¿Quiénes serán los que piensan? Cuando estabas en la guerrilla los que pensaban eran los jóvenes blancos del m19. Se te aparece clara la cara de Jimena. Te ha costado muchos años borrar su gesto de amazona mimada. Jimena, sentada junto a la tulpita con el fusil trinchado, hablando de mundos campesinos por venir, con su nariz respingada. Ojitos verdes, piel mansa, la ira total del amor. La princesita revolucionaria.

Lloras y caminas río arriba. El socialismo de Jimena no alcanzó para que se quedara a vivir contigo en tu rancho, alcanzó para un par de polvos detrás de un árbol. El socialismo es un verso que alcanza solo para el sexo; el piso de tierra no, nunca, será amor. Igual le entregaste tu olor a indio, la planta de cilantro que te crece en la mitad del pene. Ya no tienes alma, Flower Jair, nunca más. ¿Por qué estás llorando?

Tú habías vendido un par de cerdos, pusiste una alfombra sobre el piso de tierra. Jimena se rio. Luego supiste que era una de las mujeres de Pizarro, por lo tanto, mil veces inalcanzable. Indio viejo, indio humillado, Flower Jair, eso te pasa por amar mujeres blancas. Lloras el viejo tapete, tan lindo y ridículo. El tapete eres tú. Un gesto inútil que no alcanza para enamorar muchachas de ciudad.

Está atardeciendo. Las hojas del monte brillan, dejan pasar una luz rosada que te ilumina el pelo canoso. Coronado de manigua y sal sigues andando. En el medio del torrente, a lo lejos, alcanzas a ver un gris enorme. Piensas que estás alucinando. Ya no te sorprende estar alucinando.

Te acercas a paso constante y la encuentras. La construcción más horrible que has visto en tu vida. Una gigantesca cárcel del agua. Antes, alguna vez, viste una hidroeléctrica, pero esto es otra cosa. Es una hidroeléctrica sobre una hidroeléctrica sobre una hidroeléctrica. Doscientos veinticinco metros de concreto que retienen millones de litros de agua amarronada. El río choca y brama. Así como cuando tu padre hirió al tigrillo. El desgarró de un bicho que quiere vivir. Quién hubiera pensado ver al gran Cauca esclavo. Hijueputas, gritas, hijueputas.

Recién ahí todas las ampollas de tus pies se estallan. Te arde el corazón. Lo que quedaba de él. Parece que sí existe y está estallándose contra el muro de la hidroeléctrica. Te sangra la encía. Sigues gritando. En un impulso infantil corres y lo pateas, desesperado. Como cuando el esposo de doña Lidia te encerraba en el armario. Tanta oscuridad. El niño, infinitamente solo en su maltrato. Toda la violencia del mundo contra los cuerpos de la noche. Quien pudiera asesinar el cemento, a los hombres que ponen cemento en el río, a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Despojado una y otra vez de todo, Flower, no te sometes, y bramas como el río. Todo lo inútil de darse contra la puerta que no lleva a ningún lugar. Dar pata a un cadáver en silencio. Te trinchas un fusil invisible y vuelves a ser otro que ya fuiste. Un odio muy antiguo te dirá que has de volver al punto de origen del Cauca en la laguna del buey. Tienes que volver al niño, Flower Jair. Remontar el Cauca. Así, sin provisiones, hacer la reversa de la huida. Tienes que volver a la cara de doña Lidia, a sus manos. La hidroeléctrica desenterró a tus muertos y a la ira. Son lo mismo.

Un rayo de certeza te parte. El rencor te servirá de combustible. Vas a volver al macizo colombiano. Caminas río arriba en la oscuridad. No hay hambre, ni dolor, ni

cuerpo. Eres El que fuiste, un indio kamikaze. Una misión. Un fantasma. Nadie.

Una mujer muy vieja aparece de la nada. Dice: Venga, mijo, vamos a comer. La sigues. Sirve para ti un plato de arroz. Se suelta a hablar: Uno ya los reconoce porque todos tienen el overol celeste y el dibujo ese de la empresa. Están entrenados para hacer solo cinco ofertas. A la primera, le ofrecen una miseria y le llenan la casa de regalos de pocillos, de morrales, de calendario, hasta zapatos me dieron la primera vez. A la segunda le ofrecen el setenta por ciento, a la tercera la mitad, a la cuarta un tercio de miseria. Y a la quinta lo matan. Lo que es yo, ya les rechacé la cuarta visita. Mijo, míreme bien. Recuérdeme la cara, que ya yo estoy muerta.

Cierras los ojos y ves a la vieja acostada en un cajón de plástico. En el centro está el logo de la hidroeléctrica que ilumina con pequeñas luces de neón. El cajón flota sobre agua muerta. El agua muerta existe y da más miedo que el diablo. Ahora lo sabes. El agua muerta es una solución de nada, nada que olvida a la nada.

Abres los ojos. La vieja no está. Te acuestas en su camastro. Sueñas con el día en que leíste por primera vez la constitución del noventa y uno. Un antiguo camarada del Quintín Lame que participó de la constituyente envió copias por correo. Ese día te sentaste en chagra junto a otros camaradas. Te pidieron que leyeras. Tú dijiste: Artículo 7. El Estado reconoce y protege la diversidad étnica y cultural de la nación colombiana.

Se te rompió la voz. El mundo en tecnicolor. Pareció que por un segundo todo valía la pena. Tendrían tierra, hijos desnudos y tostados, no faltaría fuego en la tulpa ni maíz en el plato. En el sueño, a otro tú, a otro Flower Jair Trompeta, le da rabia y vergüenza tu inocencia. Como si unos papeles

con frases bonitas cambiaran el mundo. No pudimos con las armas ni con el papel. No nos queda nada más que volver a Lidia, a sus manos. Los ojos de agua son la manera en la que la tierra espía al cielo. Al despertar, reconoces la casa. Te parece que es un lugar abandonado. El camastro en el que dormiste está sucio y roto. Como tus sueños de niño guerrillero.

Saqueas lo poco que encuentras en los estantes y que pueda ser de utilidad. Un par de libras de arroz, cuchillos, machete, cigarrillos, ron y botas. Antes de salir, descubres tu torso y lo untas de ceniza.

Te internas en la manigua. No irás por la carretera, irás enmontado. Frente a un yarumo prendes un cigarrillo. No quisiste aprender nasa yuwe, ningún niño quería. Para qué hablar un idioma de viejos. Lidia te decía algunas palabras: jiba, yu', sekh. Tú las guardabas en los bolsillos y las tirabas al río como piedras. Las palabras hacían círculos concéntricos y se hundían. Los del otro lado tenían moto y televisores. No hablaban nasa yuwe. Decían simplemente moto, televisor, campesino. Por qué Lidia y los que hablaban tu lengua eran los más pobres, los de la columna reventada, los de las manos más ásperas. Por qué no decían en tu casa moto, televisor y billete. Lidia decía: Este niño no aprende. Tú te subías a un árbol y arrojabas guayabas. Te gustaba ver desde arriba los árboles de café y las montañas abigarradas. La gente que había conocido el mar solía decir que sin montañas queda el cuerpo expuesto y Dios te pilla y te juzga.

Llevas dos días caminando. Antes de llegar a Jardín, notas que te siguen tres culebras. En la guerrilla solías decir: Estoy curado de espanto. No era cierto. De los espantos no se cura nadie. Esa tarde llovió. Pusieron las carabinas, AR15, pistolas, revólveres sobre una mesa. Se

desmovilizaban ciento treinta personas. Fueron más, pero tenían tanto miedo. Nadie se quedó con un solo tiro. Eso decías tú. También decías: Fuimos una guerrilla pobre, y eso por más duro que sea también tiene un costado de ternura. ¿Y la tierra? Solo se quedaron con la tierra que tenían en las uñas. Sonó el himno de Quintín Lame, sonó el himno nacional, todos formados dispararon al aire y escucharon el fin: Rompan filas. Te quitaste la boina y te sentaste a llorar. Se sufre mucho para nada. Todo sentido se disuelve en el aire. Perdiste la infancia en el primer disparo, en el primer operativo. Es raro como las ideas son sentimientos y a la vez no. ¿La injusticia, Flower Jair, es estar vivo?

Lidia te llevaba a misa. En la misa decían que la culebra tentó a Eva y el hombre fue expulsado del paraíso. Lidia te llevaba al refrescamiento de bastones, en el ritual decían que la culebra es sabiduría, es la Cacica Gaitana, o Angelina Güeyomús matando blancos a piedra limpia. Entre tanto advenedizo quién es Dios. Se han sumado más culebras, te siguen unas veinte, a una distancia prudencial. Te detienes y las miras. Para acabar con todo, con la hidroeléctrica, tal vez tengas que acabar contigo mismo. Decides entregarte, les ofreces tu muñeca. Quieres sacar tu cuerpo de niño de la guerra. Las culebras te muerden. Extraen o inoculan. Te sientes muy despierto. Caminas tres días. Te estás rompiendo, Flower Jair. Estás dejando tu piel atrás. Eres llaga. Eres un nadie en carne viva. Si tan solo alguien pudiera ver tu belleza, se inaugurarían religiones. Escribirían libros de tu gesta. El hombre contra el concreto. Pero estás solísimo. Entiendes en toda su inmensidad el lamento del número uno. El uno, que llora desde el principio del tiempo. El uno que se curva y se vuelve la letra o, el cero, la laguna del buey. Cuando el hombre se pliega sobre sí mismo es ojo de agua. El útero primero.

Es de noche cuando comienzas el ascenso. Tienes miedo. En la guerrilla decían: El enemigo también tiene miedo. Puedes sentir cómo de los testículos emerge tu vergüenza. Mataste a Lidia de tristeza. Eso es lo cierto. La piedra angular y verdadera de tu vida. En la noche del macizo colombiano, en la noche de un laberinto montañoso, vuelve a surgir la verdad.

Tendrías quince años cuando ella supo que andabas hablando con los de la guerrilla. Mala junta. Te mandó a juetiar. Tres noches te colgaron de una vara. Te dieron látigo, sin piedad. Eras un niño, Flower Jair. No conocías mujer, ni riqueza, ni poder. Lidia miraba tu crucifixión como debió haber mirado la madre de Jesús. Mirada y bilis. Apenas te bajaron, Lidia te dio pan. La miraste fijo. Dijiste: La odio. Pudiste oír cómo se le quebró el esternón. Palabra bala, Flower. Qué manera de salir de la infancia. A los tres días huiste al movimiento armado. Al mes, se tiró al río Cauca. Trataron de decir: La vieja, pobre, fue un accidente. Sabes que el único accidente en la vida de la vieja fuiste tú. Tan violento como un machete en llamas. Tan violento como Juan Tama, que decapitó a españoles bajo el monte tutelar. Juan Tama que mató a siete vírgenes de tanto chupar la teta. Siete mujeres se necesitaron para nutrir el odio. El odio tan justo frente a lo injusto. Tan impotente y desproporcionado. El odio y su ineficacia. Si el amor no hubiera existido, teníamos que inventarlo.

Vas a morir, Flower Jair. Desde que comenzó este cuento lo sabemos. Te vas a arrojar dentro de la laguna. Vas a caer en ella como la estrella que fue Juan Tama, padre primero del pueblo Nasa. Ya el agua helada te moja los talones. Escalofríos. Habrá luna llena. Corregirás el gran equívoco del tiempo que eres. El uno se entrega al cero. No te llorará

nadie, gran libertador del río. Ni siquiera yo. Los suicidios no suelen tener testigos. Voy a cerrar los ojos por pudor.

Suena tu entrada en el lago. Suena tu voluntad matando a tu instinto de vida. Suenan los violetas y azules de tu piel. Suena el agua entrando a los pulmones. Suena el peso de tu cuerpo contra el lecho de la laguna. Suena la lluvia. Suena el Cauca enfurecido. Suena el espesor genealógico de los indios del Cauca. Generaciones de nadies, sobre nadies. Suena cobrizo el frío. Juan Tama sacó el mundo de una laguna, metía la mano y sacaba alimento y libro y voz. Flower Jair, mírate, eres el Cauca. Puedes decir, por ejemplo, yo río.

Corre, corre, inúndalos a todos. Llévate casas, pedazos de niños, carros. Inunda fosas. Haz que las vacas floten, rompe cultivos, hazte sentir ahora que no existes. Corre, Flower Jair, y llévate contigo cosas putrefactas, gritos, miserias. Zapaticos, lámparas, marranos, televisores, la sonrisa de la niña en el primer cumpleaños, biblias, calendarios, el primer brote de la cosecha, fosas comunes, seis cachorros de jaguar. Inunda seis siglos de mierda. Llévate a Jesús, a los violadores y los políticos. Yo río, yo nadie, hijo de mis hijos, padre de mis hermanos, no tengo memoria ni tengo edad. Yo fango cíclico de la guerra. Yo silencio. Todo yo. Río.

Ya alcanzas la hidroeléctrica. Todo dolor dentro tuyo alcanza. Toda lluvia. Pesas veinte mil toneladas. ¿Qué gritaban los paeces en la guerra? Grita el río que eres tú. Tifón rastrero. Miles de obreros corren como hormiguitas de humano en overol. Por los radios dan la orden de abrir el cuarto de máquinas. La paranoia se hace gente que corre. Chocas Hidroituango con la fuerza de mil diablos, entras a las máquinas, fundes, incendias. Destruyes cinco mil

millones de dólares en tres minutos. El capital llora. Está de luto.

Fundiste las máquinas, Flower Jair, pero no dudes de que ellos las reconstruirán. Cerrarán las compuertas y matarán de un solo golpe seco diez mil especies de río y cientos de miles de años de evolución. Los pescadores llorarán por días. ¿Para qué tanto, Flower Jair? ¿Para qué nada? ¿Por qué nunca?

## EL CORAZÓN DEL SEÑORITO

Vi cuando algo  
enterrar disimulaba  
Me le acerqué  
y le pregunté  
¿Qué entierra usted?  
Y él me contestó.  
Entierro el amor  
que le tenía a la ingrata aquella  
llamada María.

—Orquesta Zodiac

El local se llamaba La Alegría del Amar. El nombre estaba en una tabla blanca percutida, con una tipografía dorada, de un dorado sucio. Se había perdido la última R, así que ahora decía simplemente La Alegría del Ama. Ricardito entró apresurado. El sol del mediodía le quemaba la nuca, y no quería que nadie lo reconociera. Su tía Maritza le había recomendado este lugar.

—La mejor bruja de Cali, muñeco. Esa mujer es la única que te soluciona esa calentura triste que traes.

Detrás de varios helechos colgantes y junto a una fuente de cisne, la bruja se abanicaba.

—Seguí, papi, que no muerdo —dijo con un vozarrón desde su silla de mimbre.

Al fondo sonaba una salsa triste de los Hermanos Lebrón. La casa olía a plátano maduro frito con lentejas. Era fresca, de techos altos. Ricardito se sintió cómodo, acogido,

como en un taxi con cojinería de terciopelo. El kitsch cercano y popular de su barrio se extendía dulcemente en la casa de la bruja, como aire frío por su cuerpo caliente. Por su bajo vientre. Se le aflojaba un poco la molleja.

Ricardito se sentó al frente de la bruja. Otra mujer bajita y morena le alcanzó un jugo de lulo con hielo. La tristeza de Ricardito, por allá adentro, se puso un poquito alegre y bailó despacito un guaguancó. Con los hielos aún en la lengua, Ricardito barajó el tarot que tenía al frente y escogió cinco cartas que la bruja destapó con parsimonia. Sonó en el fondo un grito de loro y los helechos se movieron, como peinados por una mano invisible.

—Ay, mijo. No hay que ser bruja para verte la calentura triste en la cara. Vos estás enfermo del deseo ciego. Tenés hasta la rabadilla inflamada.

—No es calentura —dijo Ricardito, solemne. —Es amor.

La bruja se rio. Y luego entre dientes dijo:

—Todos quieren amor, pero nadie quiere lavar los platos.

Ricardito la miró con rabia. La mujer, serena, sacó una estampita de un zorro de su delantal.

Le dijo que debía comprar un ramo de yerbabuena y bañarse con el agua de la infusión, luego debía frotar la estampita por su cuerpo y perfumar sus genitales. Cuando hiciera el amor con la prieta, debía enterrar la estampita en su jardín y así aseguraría un amor para siempre. Le dijo que tenía chance, que las cartas le auguraban buen camino. Le advirtió que no enterrara la estampita si no quería apego.

—A su edad es difícil saber si es calentura o es amor —dijo la bruja mientras recibía el billete de cincuenta mil que le entregaba Ricardito.

Ya en la calle se sintió energizado. Se sentía bello bajando por la quinta, con sus gafas Ray-Ban imitación y su bolsita plástica con yerbabuena. Podía jurar que las muchachas se volteaban a verle las nalgas, apretadas sutilmente por sus bermudas rojas. Ricardito tenía ganas de bailar, o de dar brinquitos. La calentura ya no estaba triste: era una calentura ligera de sudor saladito, un deseo sexual abierto, no dirigido. Ganas de vida, ganitas sexuales por la vida. Ganitas de todo. Y la estampa de zorro quemándole el muslo en el bolsillo.

Silbando un bolero, puso toda la yerbabuena en una olla al fuego. Cuando el olor dulzón inundó la cocina y el agua rompía en violentas burbujas, Ricardito llevó la olla al patio. Bajo el árbol de mango, se desnudó, y con una totuma roció la infusión en su cabeza. El agua caliente y dulzona le resbalaba por el pecho.

—¡Quién tuviera veinte años, Ricardito! —gritaba el árbol de mango, erotizado, pero nadie lo escuchaba.

Con sus genitales perfumados, Ricardito salió al atardecer a comprar cigarros. Nada más al girar en la esquina, se la encontró de frente. *Mara. Mi prieta*, pensó con la entraña alborotada. Mara lo miró, toda ojitos color miel y sonrisa. Se saludaron de beso en la mejilla. Ricardito, con su pelo mojado oloroso a planta, se sentía extrañamente confiado. Dejó que Mara guiara la charla, hasta que terminó por arrastrarlo con ella a su casa.

—Un cafecito, ¿vamos? —le soltó de golpe Marita.

Vuelco al corazón.

Así, el mismo día de la visita a la bruja ya iba directo a la casa de Mara. Caminaban despacio, las sombras se hacían largas, caía la noche, Cali se refrescaba. Las últimas nubes rosadas cantaban a coro: Mara Bogalooooo, oyeló, pero nadie las escuchaba.

Mara puso a calentar el agua para el café, pero también destapó un par de cervezas para hacer la espera. Ricardito sonrió, todo estaba saliendo fácil. Meses y meses de anhelar a Mara de lejos, cual perrito triste, y ahora estaba ahí, en su cocina, con su cerveza y su cintura quemando a un metro de distancia. Perfume, yerbabuena, café, cerveza ligera. Y en esas un vecino que va y prende a todo volumen esa salsita lenta de «Mujer divina», y Ricardito que se acerca y la saca a bailar. Suavecito. Cadera con cadera. Pies que se adivinan. Tracción genital. Algo perfecto, redondito, caliente. Algo como una felicidad que revienta en burbujitas. Hervor. Un trance sin nombre. Dan ganas de morirse para no bajar de esta ola, pensó Mara, o pensó Ricardito.

Justo antes de besarla, Ricardito alcanzó anticipar el sabor de la boquita de Mara. *¿A qué sabe tu saliva?* Agüita de coco. La boca de Mara sabe a agua de coco.

Cuando terminaron de besarse, abrieron los ojos. Era Cali de noche. El calor de los vientres acariciado por una brisa fresca de los Farallones, con olor a tierra mojada. El viento traía el pizquero de un vecino que saludaba la noche con un porro. Endorfinado, Ricardito supo que tenía que maniobrar, *ahora o nunca, mi Marita*. La jaló hacia sí con una fuerza sutil pero constante y con la otra mano, como quien hace piruetas de merengue, apagó la olla de café. Mara se dejó llevar, no sin oponer una fuerza contraria, que hizo saltar una chispa de su vulva hasta su testículo. Un rayito. Un pequeño relámpago, doloroso y placentero.

Ricardito no había estado en la casa de Mara. No conocía más que esta cocina minúscula y desordenada. Sudaba en frío, tratando de discernir un lugar para fundir las ganas. Dónde carajos quedaban los cuartos, los sofás, los sillones de esta casa. Apágame este fuego, mi amor, sonaba en la radio. Desde la ventana de la cocina, veía el patio. Una

hamaca sucia se balanceaba. *¿Será el nuestro un amor incómodo de piernas torpes y tela vieja que se marca en las nalgas?* Seguía besándola entristecido, caliente y derrotado. En esas, Mara, como vieja amazona, le metió tres pasos salseros, una corridita sin soltar su mano, media vuelta, y pum pa' la cama. Suena el timbal.

Sin prender la luz, con apenas el resplandor del alumbrado eléctrico de la calle, la prieta Marita se desnuda. Morir de amor no es lo mismo que morir de ganas, pero se le parece. Ricardito apretaba la cola y la garganta, no vaya y fuera que se le escaparan ventosidades o te quieros. Manso, se deja hacer por la silueta caliente de la prieta. *¿Qué se sentirá entrar en Mara?* Como entrar en un mango tibio.

Rodeado por un intenso bienestar, Ricardito siente que se desliza por un tobogán. Toma velocidad, su cuerpo atraviesa el vértigo. Ha entrado en una especie de portal, un agujero de gusano. Va a dar a la misma cocina del beso. Mara está despeinada, sudorosa, y grita. En medio de un calor infernal, los platos sucios desprenden olor a comida y un vaho. Ricardo siente ira, una tenaza al rojo vivo que le aprieta el pulmón. Le grita de vuelta. Están peleando, otra vez, por tres platos grasos. Atrapados en un laberinto de enojitos mezquinos y silencios puñalada. Desesperados se miran. Todo tan turbio y cotidiano. Mara rompe el silencio y le suelta la frase:

—Dejá de decir bobadas, Ricardo. Mirate en el espejo que se te ve. Se te ve el machismo, papi. Se te ve la hilacha.

Ricardo no puede responder, se le traba la mandíbula. Agarra el pocillo chino de las florecitas mal impresas y lo estampa contra el piso. En el mismo instante en que estalla la cara de Mara se descompone. No han terminado de volar

todos los fragmentos cuando Ricardo ya siente cuarenta litros de culpa que le empapan la ropa. Huelen mal él, la cocina, la tarde, la vida toda hiede. Mara se mueve frenética por la casa. Hace una maleta y estampa un portazo. Afuera un borracho grita: La rumba no se acabó. La casa retumba. Ricardo queda ahí congelado, hediendo.

De repente una fuerza lo succiona de vuelta, viaja en reversa por un agujero de mango. Marita estira el brazo en la oscuridad, agarra un envoltorio que reposa sobre la mesita de noche. Se mete un dulce de tamarindo en la boca y le da un beso culebrero y profundo. La luz de la calle hace aparecer una intensa sombra en la mitad de su cara. Sin descaro, con habilidad felina, Mara alcanza la erección de Ricardito. La felación es efectiva y delicada. *La alegría del mundo tiene la humedad de tu boca, Marita.* El jazmín en la acera aúlla. Esa boquita enrojecida que parece brillar la oscuridad. Una electricidad azul desdobla a Ricardito. *Me voy, me fui, me vine, me vengo.*

Ricardo cae en su cuerpo en la cafetería de la estación de servicio. Todo muy de plástico y con tufillo a gasolina. Ante él la eterna tristeza de Mara. Ella está mirando hacia abajo, tiene los ojos clavados en un café quemado, en las burbujas negras que se estrellan contra el vaso de icopor. Suena ronco el motor de un aire acondicionado. Ricardo intenta sacarse con la lengua los pedazos de pandebono de las muelas traseras, mientras evita mirarla. Está harto de su hartazgo. Qué ganas de tomarla fuerte de los brazos y zarandearle la autocompasión.

—¿Sabés por qué han bajado los asesinatos de ballenas? —Ricardo niega con la cabeza y sigue empujando los pedazos de comida en las muelas—. Porque unos científicos las grabaron cantando y ahí como que a la gente le empezó a agarrar pesar de matarlas, o lástima o culpa o

quién sabe qué. El caso es que la grabación del canto hizo que la gente empatizara. ¿Te pillás? Esas son las mierdas importantes, Ricardo, no estar todos los días comprando cosas de mierda.

Ricardo sabe que está hablando de sus ganas de cambiar la nevera, de su cobardía, de su relación dependiente con su madre, de su peinadito por la mitad y de su salario fijo. Una bola chiclosa de reclamos se le arremolina adentro. *Ay, Marita, andate a terminar la carrera. No me jodás. ¿Cuántos años es que llevás en quinto semestre?* Ricardo sabe que si lo dice, pasará ese lugar del que no hay retorno, así que se traga todo el bolo de rabia con el café. Se miran con irritación latente. Los desconcentra un grito agudo como de ardilla. La trabajadora del minimercado-café Texaco tiene a un viejito arrinconado, le quita la mochila y saca un pan, un chocolate sol y un queso campesino. El viejito de voz de ardilla dice algo que bien puede ser discúlpeme, o vieja hijueputa, o tengo hambre. La voz le tiembla en completa sincronización con el estremecimiento de las manos. La empleada dice:

—Así no. No, señor. Si tiene hambre, pida.

Lo escolta a la puerta y lo echa. Digna, ofuscada o loca, se limpia el delantal. Mara y Ricardo no dicen nada de nada. Salen de la estación de servicio y caminan mudos por la carrera veinticinco.

—No hiciste nada por el viejito, Ricardo.

—Vos tampoco, Mara.

No soporta más Ricardito. Con la conciencia en caída libre aterrizando en su propio cuerpo. Siente el calor intenso de estar todo envuelto por Mara. Quiere parar el carrusel, pero ve ese primer plano irresistible de sus nalgas tornasoladas, redondas, dispuestas. Tanta ternura se puede ver en una cola. Llamado por todo lo irrefrenable, Ricardito sigue

arremetiendo con dulzura en un mete y saca. Afuera Cali da los primeros síntomas del amanecer. La pieza se tiñe de azul. Mara, prieta de otro planeta, con sus tetas al aire, batiéndose como tierra prometida. Ricardito, que ya está entendiendo el mecanismo, lo anticipa, así que la agarra fuerte de la cintura. Marita gime, arremolina, contraempuja. Tras unos segundos comprende que no hay cómo resistirse y deja que el agujero lo trague en reversa.

La amarguita que baja por el cogote. Salsa dura. Gente que habla, que baila y que suda. Ricardo no tarda mucho en darse cuenta de que están en La Colina. Arriba de Mara hay un cartel antiguo con un burro que dice: «La chica embrutece, no tome fermentados». A Ricardo le da risa porque burro también se le decía en los noventas al fumanchero, al baretero. Y ella, Marita, es una burra por excelencia. Ahí está con sus ojos rojos, sus párpados pesados y su sonrisa lela. Cómo le fastidia que ande fumada. La mamá de Ricardo no diría que es una burra, diría más bien que es una zorra. Con sus escotes profundos, con su carita de yo no fui. Fruto prohibido, chontaduro recalentado. Eso es Marita para su madre y las otras quince mujeres de su familia.

Pero ya ni los escotes profundos. Ricardo comienza a mirar para los lados, redondas, caderonas, bajas con flequillo, pálidas. Todas le resultan más atractivas que Mara. Las mujeres de Cali tienen sabrosura, como dice la canción. Siente una erección estoica que le tiembla la cremallera del pantalón. Intenta distraerse, pero su mirada insiste en hacer primerísimos planos de clavículas, labios, caderas. Arde Cali dentro de su calzón. Apura la cerveza, nervioso. En esas se acerca alguien a la mesa, Mara brinca de la nada y abraza al desconocido. Ricardo puede ver en cámara lenta como los pezones erectos de Mara se estampan contra el pecho

sudado de un tipo rubio, despelucado y ligeramente ebrio. Ve una mano inmensa, varonil, rozar el comienzo del culo sagrado de Mara. Babas y carcajadas. Lo ensordece el timbal. La secuencia dura años. Ricardo comprende que es posible sentir una puñalada de celos en el tórax y mantener una erección. *Maldita Mara, yo también quiero volver a ser un misterio para alguien.* Ay, el cinismo del deseo.

Y de nuevo la succión y de nuevo a la cama, que ya amaneciendo es un escándalo. Ricardito alcanza a asombrarse. ¿Cuántas veces fueron la primera vez? Sospecha también de este viagra maligno que es el culo de Mara. Cuerpo trampa. Pezones persuasivos. Coñito fascinante. *Tú me hiciste brujería, me tienes temblando de noche y de día.* La piel es una membrana delgadísima, que se eriza ante cualquier roce y todo es tacto. Un dedo se asoma por su recto, curioso, tímido pero envalentonado. Ricardito se deja penetrar, dócil y encabritado. La noche tragando el sol. Y una vez más caer por ese hoyo.

Lo despabila el viento frío que corre paralelo al Pance. La risa de Mara se parece al fulgor del agua. Ella tiene todo el cuerpo sumergido en el río y se burla.

—Vení, Ricardo, metete. Sos un señorito.

—Pero bien que te la meto, Marita.

—Como tiene que ser. Sí, señor.

La verdad es que el chiste es malo porque llevan meses sin tener sexo y los dos lo saben. Cruzan una mirada triste mientras Mara sale del agua, chorreando sol. Se sienta en la toalla que Ricardo ha extendido con esmero. Torpe, desbarata y moja su pequeña comodidad. Atraviesa la mano helada y saca de la mochila dos sánduches y un enorme porro. Fuman en silencio, solo la tos inexperta de Ricardo interrumpe el sonido violento del Pance contra las piedras, que brillan como papaya puesta. El bikini naranja de Mara

es diminuto, cuando su cuerpo exhala se marcan a la perfección los pliegues de su vulva. Ricardo posa en el doblez la mirada y el corazón, lo golpea en el centro un puño de nostalgia, le aprieta una tristeza dulce. Marita comienza a hablar como para darle densidad a la transparencia del aire.

—Yo tenía cinco años. Ella se iba la noche entera. ¿Entendés? ¿Sabés lo que es para una niña despertarse sola y encerrada? No, qué vas a saber vos si fuiste un niño mimado. Yo ya me sabía de memoria el teléfono de mi abuela Ruth y la llamaba. ¿Otra vez?, decía y salía volada para la casa. Me hacía compañía del otro lado de la puerta. Yo me quedaba dormida de tanto llorar. Me dolían las costillas de puro berrear. La abuela se hacía la fuerte pero también chillaba ahí. Moco ventia'ó. Otras veces la escalaba, me subía sobre su panza en la tarde. Eran el hambre y las ganas de una caricia. Yo pensaba que dormía mucho mi mamá. No sé a qué edad me di cuenta que era la perra que traía. Igual era buenita, olía a trago, pero era buena cuando estaba así, ida, tumbada.

Los hombros morenos de Mara parecen pintas de jaguar; las sombras de los guayacanes le caen encima, intermitentes. Mira hacia al frente, con la mandíbula en alto. Es como ver un pensamiento hacer eclosión. Soltando la bocanada de porro concluye:

—Mi mamá está podrida, pero es fascinante y la amo.

El humo se enrosca en las palabras. Ay, Marita, ¿estás hablando de ella o de ti? Ricardo siente que la opresión en el pecho crece. Mara se ve naranja. Pintada. Siente que es verdad que ya no la quiere, pero la quiere tanto. ¿Cómo se dice cuando puedes ver la belleza de lo que ya estás perdiendo? ¿Cómo se dice, Ricardito, cuando hay nostalgia de algo que sucede en presente? Tienes miedo de tocarla,

tus yemas son enormes y resquebrajarán el mundo. Estás afuera de una delicada membrana de porcelana. Esa tarde en el Pance, hecha de filamentos, un pájaro grita sincronizado.

Ricardo mete la mano en el bolsillo de su pantaloneta roja, como por hacer algo. Palpa algo duro y lo saca: es la estampita del zorro. Mara, toda piel vigilante, se la quita.

—¿Qué es esto, mi amor?

—Nada, algo que me dio una vendedora ambulante.

Mara trae la estampita hacia sí. Cuando observa algo sus pupilas se juntan y se asoma la lengua. Cuando escribe hace el mismo gesto, lo arrastra de la infancia. El esfuerzo de ver, el esfuerzo de decir, de Marita, la niña disléxica con una madre borracha, perdida, loca.

El río ruge. Mara se aburre y juega con la estampita. Juega a hacer huecos en la tierra como los monos en los documentales, como los niños que rompen hojas. Ricardo tiene miedo, la estampita de su mano es un vórtice. Intenta quitársela, pero Mara mueve la mano desprevenida. Los testículos se recogen en mareo. Mara cava un pequeño pozo entre las piedras y la entierra. Ricardo reprime un grito de horror. Siente cómo el Pance se transforma en un orificio negro que jala su riñón. Deshace sus intestinos y succiona. Sobreviene un orgasmo violento. Un orgasmo fractal. Una voz lo increpa: ¿Sos machito vooooos?

Ricardito aterriza de plomo. Separa con cuidado su cuerpo del cuerpo de Mara y salta de la cama. Mareado busca sus bermudas rojas y esculca los bolsillos en busca de la estampita. No encuentra nada. Lo inunda una mezcla de cansancio, dopamina y resignación; una mezcla de aceptación profunda. Ricardito se tira a la cama, Mara se acurruca a su lado y cae dormida. Cali cenital. La prieta ronca dulce como melao. *Ay, Marita, el amor es una*

*paradoja temporal.* La tapa con la sábana y descansa la mano en su vientre.

## LA CAJITA DE AVON

Treinta y dos grados centígrados, con sensación térmica de treinta y seis. Al mediodía no corre viento, ni niños, ni aves. El pueblo flota en una sopa espesa. Una sopa iridiscente parecida a la muerte. Los tejados de zinc al rojo vivo espantan hasta las lagartijas.

Marlenys Martínez es la única mujer que no duerme la siesta en Ciénaga de Oro. Desde hace dos semanas ha probado con diversas posiciones y locaciones: bajo la planta de banano, con la mecedora en la calle, en la hamaca bajo el palo de mango y en el camastro con el cuerpo desnudo pegado a la pared. Apenas logra entrar en un sueño ligero una súbita falta de aire la despierta. Puede oír con precisión su propia taquicardia, en el silencio de un pueblo donde está todo dormido.

Lo cierto es que Marlenys no tiene ventilador, ni mucho menos aire acondicionado. En los veinte años que se ha desempeñado como aseadora de la Alcaldía, ha ganado siempre un veinte por ciento menos que el salario mínimo legal vigente que, para decirlo rápido, es poco menos que una miseria. Un sueldo que cubre los seis huevos semanales, el kilo de bocachico, el litro de aceite, los dos plátanos maduros, la libra de arroz y la libra de frijol reglamentaria. Sin embargo, Marlenys vive bajo una repetición minuciosa que alcanza para no hacerse preguntas y para no suscitar sobresaltos. Pero ahora, el

insomnio del calor comienza a inquietarla. Marlenys, que apenas sabe leer, siente en el desvelo que se forma en su cabeza algo parecido a una frase compleja. Una frase que no puede leer ni pronunciar y que atenta contra la seguridad militar que aglutina su vida. Siente que se vuelve loca. Y como volverse loca no cabe en el teatro diminuto de su mente, la sensación crece como un alud caliente y sin palabras.

Desesperada, Marlenys recurre a la radio. Los gritos de los pastores evangélicos la angustian y el reggaetón le acrecienta la taquicardia. No queda más remedio que exponer la vida en los tejados para mover la antena hasta sintonizar la señal intermitente de la televisión pública del Caribe que transmite telenovelas coreanas cursis y rarezas de la televisión pública de Europa del Este de los años sesenta. Telenovelas compradas bajo quién sabe cuál negocio, en quién sabe cuál escritorio de tierra caliente. Lo logra, aunque se quema un poco las manos con la antena incandescente.

La vieja televisión a blanco y negro, que heredó de su madre, comienza a emitir un zumbido y destellos. Suena una canción que primero parece un bolero y luego un canto militar con espasmos. Una mujer canta en ruso. La voz de Alla Baianova inunda la siesta de Ciénaga de Oro. Marlenys mira hechizada, mientras aparecen unas letras indescifrables, gordas y enigmáticas y una voz gruesa, en off, que dice: Nikolai Karachentsov como Akaki Akakievich en *El Capote*. Un plano abierto muestra a un hombre encorvado y sucio caminando lento, derrotado, por las calles nevadas de San Petersburgo. Aunque Marlenys no sabe qué es la nieve, ni qué cosa es San Petersburgo, ni que existió un tiempo anterior, al que los historiadores denominan arbitrariamente siglo XIX, ni el significado de la palabra

capote, siente que el corazón le da un vuelco. Entiende la desolación profunda de ese personajito gris, chato, hemorroidal, como no ha entendido nunca nada en su vida. El oficinista cruzando calles, invisible para todos, le parece un héroe. Un signo que envuelve todo el sentido de su vida, una lagrimita se le escapa. Piensa una frase absurda, que susurra al televisor como una oración:

—Soy tu hermana.

Marlenys no se mueve un milímetro durante la media hora de la emisión del primer episodio de la telenovela rusa. Clavada en el piso de cemento de su habitación, mira suspendida. Suda. Semidesnuda en su calzoncito triste y viejo, ve cómo su héroe trabaja incansablemente copiando documentos, mientras oficinistas mediocres y panzones se burlan a su alrededor. Siente que Akaki es un místico, un iluminado, un asceta, rodeado de tiranos. Siente, pero no elabora, porque Marlenys no conoce la palabra místico, ni iluminado, ni asceta, ni tirano. Cuando se acaba la emisión, Marlenys cae bruscamente en Ciénaga de Oro. Fue raptada por la ficción invernal y luego de media hora atónita, vuelve a sentir sus muslitos fofos, sudados y pegajosos. Se viste con su viejo vestido gris y sale a la carrera a la Alcaldía.

Por primera vez en veinte años Marlenys llega tarde después del receso de almuerzo. Pone la olla en la estufa para hacer el café para los funcionarios y fantasea con la cara de Nikolai Karachentsov interpretando a Akaki. Se distrae y el agua marrón hirviendo se riega sobre el fuego. La mujer del alcalde, la secretaria de gobierno y la directora de la escuela se sobresaltan con el estruendo.

—¿Qué pasa, Martínez? ¿Está enamorada? —la increpa la mujer del alcalde, y todas al unísono sueltan una carcajada.

Y es que pensar en Marlenys y el amor es hilarante. En sus treinta y ocho años no se le ha conocido un solo pretendiente, ni siquiera un amor de adolescente. Siempre limpiando pisos, con mirada alelada, metódica en su silencio. Además, es poco agraciada, baja de estatura, con la cara llena de marcas de acné, corta de vista y una pequeña calvicie en la frente, las mejillas llenas de arrugas y el rostro inflamado como el de las personas que padecen de enfermedad renal. La culpa, en parte, la tiene el clima de Ciénaga de Oro.

—Déjenme —susurra Marlenys mientras apaga el fuego y retira la olla. Las mujeres no la escuchan y se van taconeando.

La tarde se le pasa rápido trapeando y barriendo. Cometiendo pequeños errores. Cada vez que piensa en Akaki la invade un nerviosismo incomprensible y suelta risitas aniñadas. Siente algo así como cosquillas en la cola. Está ansiosa por ver el próximo capítulo. Al salir del trabajo decide pasar por el mercado y comete otra imprudencia: se anima a comprar un kilo de granadillas. Un lujo que desbordará sin dudas sus apretadísimas finanzas.

Con el fresco de la noche, sentada en su catre succiona la granadilla y aprieta los muslos. Se le humedece la vulva mientras la fruta jugosa le recorre la garganta. Marlenys se asusta, piensa que se ha orinado. Corre al baño. Se lava y restriega con abundante agua fría. Está aterrorizada, pero intuye la alegría violenta de una transgresión.

Para la emisión del segundo capítulo Marlenys se ha preparado. A las once en punto abandona el trapero en un balde y corre las tres cuadras que separan la Alcaldía de su casa. Pone la olla con fríjoles y arroz al fuego. Se baña, se pone su mejor calzón. Quince minutos antes del mediodía,

cuando el pueblo duerme, sube al techo con botas de caucho a alinear la vieja antena de hierro. Con precisión quirúrgica, canaliza la señal de la televisión pública del Caribe. Baja del tejado, retira los fríjoles del fuego. Dispone el almuerzo con una actitud ceremonial. Prende el televisor y escucha la voz de Alla Baianova inundando el cenit. No puede creerlo, el milagro está por producirse de nuevo.

En esta segunda entrega de la telenovela, Akaki Akakievich tiene dolores intensos de espalda, descubre que su viejo abrigo no lo protege adecuadamente. Pobre y sacrificado, acude donde el borracho sastre Petrovich para pedirle que lo remiende. Pero el sastre se niega y le dice que debe hacer uno nuevo. Aunque cuesta una pequeña fortuna, Akaki, intimidado, acuerda con Petrovich que harán el capote. En las escenas siguientes aparece Akaki haciendo todo tipo de sacrificios, para ahorrar el dinero. Incluso se lo ve emocionado, junto con el sastre, examinando telas en un comercio. El capítulo acaba con la mirada esperanzada del chaparro oficinista, mirando al cielo, mientras suena una empalagosa melodía. En medio de las estrellas, aparece la silueta de un abrigo.

Mientras ruedan los créditos, Marlenys no puede salir de la conmoción. Se queda quieta, con miradita de venado. Aparece de pronto una publicidad de cosméticos Avon. Una voz femenina que dice: ¿Estás cansada de trabajar para otros? ¿Estás cansada de ser una mujer del común? En Avon entendemos tu lucha y tu belleza. Hazte vendedora. Tus sueños comienzan hoy.

Marlenys siente que el televisor le habla directamente a ella. Espantada apaga el aparato. Se ve a sí misma en el reflejo de la pantalla oscura. Siente por primera vez algo parecido a la autocompasión, algo como la esperanza. Se acuesta, pero no puede dormir. Imágenes del capote se

mezclan con imágenes de mujeres maquilladas, audaces, que seguramente no viven en pueblos de tierra caliente. Mira su calzoncito triste e imagina calzones nuevos, floridos. Un coctel aspiracional la embriaga. Decide que pedirá la tarde libre en la Alcaldía, viajará a Cereté, donde está el centro de venta más cercano, y se hará vendedora de Avon.

Toma el bus de las tres de la tarde. En una bolsa plástica lleva todos los ahorros de su vida. En la tienda Avon de Cereté, una mujer audaz que no suda le explica que podrá cobrar hasta un cincuenta por ciento más por cada producto, pero que debe pagar una afiliación. Es una pequeña fortuna para Marlenys Martínez, pero la asalta la mirada esperanzada de Akaki y le entrega el dinero. Una hora después sale con una caja, llena de perfumes, labiales, polvos, rímel y cremas. Objetos de otro planeta.

En el bus de las cinco, Marlenys regresa a Ciénaga de Oro y hace cuentas en un cuaderno viejo. Anota el precio al que compró cada producto y junto a él el precio de venta. Con esfuerzo, suma y resta. Descubre que en dos meses duplicará los ahorros de su vida. Fantasea de nuevo con comprar calzones.

Antes de dormir, saca cada uno de los objetos. Los alinea sobre su camastro y los contempla como a un recién nacido. Los acaricia con ternura. Llevada por un impulso irrefrenable rocía en su cuello unas gotas de perfume.

Despierta excitada. Alista los productos en una bolsita de tela. En la Alcaldía hace sus primeras ventas. La mujer del alcalde compra tres cremas, dos labiales y un perfume. La secretaria de gobierno compra un rímel y un rubor. Marlenys guarda con una risita el dinero. Por primera vez en veinte años, las señoras le han hablado tranquilas, sin soltar ninguna burla. Akaki, santo patrón de las almas buenas,

piensa con fervor. A las once de la mañana corre las tres cuadras que la separan de su casa. Repite el ritual del día anterior y se prepara para ver a su héroe triunfar.

En este capítulo aparece Akaki espléndido con su capote nuevo. A Marlenys le pica la cola y siente un calor en su entrepierna. Lo ve llegar a su oficina, donde no recibe burlas, sino halagos. No puede creerlo, está pasando en la telenovela lo mismo que en su vida. Una especie de milagro. En la siguiente escena, ve cómo el jefe de la oficina invita a Akaki a una fiesta que se realizará en la noche. Marlenys aplaude y suelta un grito agudo de emoción. En la última escena ve a Akaki algo tímido, en una fiesta, tomando una copa chaparra.

Una vez termina el episodio, apaga el viejo televisor y se acuesta bocabajo en su camastro, su pelvis sobre una almohada. Sin pensarlo, comienza a empujar la cadera sobre el cojín, sintiendo breves corrientazos calientes, que suben por la espina dorsal. Siente que se humedece su vulva, que se orina, pero esta vez no le da miedo. Comienza a presionar con movimientos ondulatorios, como ha visto que hacen los perros sobre las perras. Cierra los ojos y ve todo de un rojo intenso. Acelera hasta encontrar un ritmo. Arquea la espalda y expulsa un gemido largo, ronco, antiguo. Una luz blanca explota dentro de su cerebro. Piensa por un breve segundo que se está muriendo. Luego la intensidad sorda y un gemido gutural. Sobreviene la relajación de cada músculo del cuerpo. Así, desparramada sobre la cama, bocabajo, Marlenys no puede precisar qué le ha ocurrido. Debe ser parte del milagro de Akaki Akakievich. Se incorpora lentamente, cambia su calzón y se va a la Alcaldía para terminar el turno de la tarde. Camina por las calles de tierra con una sonrisita pícara, con un secreto.

A las seis de la tarde las maestras salen de una reunión con el secretario de educación. Marlenys las aborda confiada, mostrando varios de sus productos Avon. Vende siete labiales y cuatro cremas. Regresa a su casa, acariciando los billetes en su bolsillo.

En la penumbra saca su viejo cuaderno y el lápiz Mirado número 2B. Anota las ventas del día. Está concentrada borroneando cuando suena la puerta. Se sobresalta, nunca nadie la visita, y mucho menos en la noche. Al abrir se topa con cinco vecinas que dicen que vienen a ver el maquillaje que está vendiendo, ya se ha corrido el rumor por el pueblo y ellas también quieren participar de la novedad. Entran a su casa con algarabía de gallinas y mientras se pasan los labiales de mano en mano, alguna saca una botella de aguardiente que sirve en copitas de plástico. La más gorda y bullosa propone un brindis.

—Por Marlenys Martínez y su nuevo emprendimiento.

Todas chocan los vasitos y beben. Ella piensa que está en una fiesta, como Akaki, y se anima a beber. Las copitas se llenan varias veces hasta acabar con la botella. Marlenys ríe enloquecida. Siente, por primera vez, que no es una mujer gris en un pueblo de tierra ardiente.

La despierta el sol en la cara. La luz le calcina la mente. Un dolor intenso en la sien, palpitaciones y náuseas. Al abrir los párpados descubre que las mujeres se han ido, dejando atrás un chiquero. El sol en lo alto le anuncia que ya son las once de la mañana. En veinte años nunca ha faltado al trabajo sin aviso. Siente la herida de la culpa y la vergüenza. Se levanta tambaleante a buscar la cajita de Avon. La cajita que la sacará de pobre. Si ha perdido el trabajo, le queda el negocio. Pero no la encuentra. Empuja el dolor de cabeza a un lado y busca en todos los rincones

de la casa diminuta. No está. No existe. Derrotada y sudorosa advierte que es el mediodía. Se acerca al televisor y lo prende.

Es el último capítulo de *El Capote*. O el último pedacito de suelo que encuentra Marlenys para pararse. En este episodio, Akaki sale de la fiesta caminando y mientras atraviesa un parque es asaltado por unos malhechores bigotudos que le roban el capote. Gritando recurre al guardia de la plaza, que afirma no haber visto nada. Ahí comienza un viacrucis, Akaki acude a la policía y luego a un alto funcionario sin encontrar más que indiferencia y maltrato. Akaki se enferma y muere. Marlenys llora inconsolable. Imagina el cuerpo de Akaki en la cajita de Avon y alucina con un capote que pasa volando, como un murciélago enorme sobre el cielo de Ciénaga de Oro. Pero ahí no acaba el episodio. En las siguientes escenas aparece un Akaki fantasma que roba abrigo y que incluso roba el capote del alto funcionario. El fantasma se desvanece y ruedan los créditos.

Marlenys queda sumida en un profundo silencio. Sabe que si recurre al alcalde correrá el mismo destino que Akaki. El gordo la mirará indiferente y le dirá que él no se mete en líos de faldas. Que las mujeres se tienen envidia, que son malas y mezquinas por naturaleza. Dirá algún dicho misógino como: el que se acuesta entre niñas amanece orinado, y se reirá de ella por llorar por un maquillaje. Debe dar por perdida la cajita de Avon. No quiere morir, ni enfermarse, ni ser fantasma. Toda la idea le suena cursi y ridícula. Anticuada. Decide esperar a que llegue la noche, agazapada en la casa, como un felino.

Al caer la oscuridad, Marlenys no prende las luces. Prepara un bolso con lo indispensable: dos calzones, dos vestidos, cepillo de dientes, peineta y un espejito triste y

redondo que heredó de su madre. Se pone el vestido negro que usa para todos los funerales. Y espera.

A la medianoche, corre las dos cuadras que separan su casa de la Alcaldía. Abre sigilosa con su juego de llaves. Se orienta como búho: veinte años limpiando pisos son una brújula en la oscuridad. Sabe que en el despacho del alcalde hay una baldosa suelta que oculta un socavón. Sube la baldosa y encuentra una cajita metálica, de galletas, llena de fajos de billetes. Es el guardadito de coimas. Lo descubrió hace tres años fregando el piso. Marlenys la invisible sabe todo de esta institución desviada. Los fantasmas también pueden vengarse. Disfruta pensando en la cara de desconcierto del gordo y en la impotencia que va a sentir cuando descubra que no puede denunciar que le han robado lo que él roba. Toma la caja entera, vuelve a poner la baldosa, cierra las puertas de la Alcaldía y corre en la oscuridad.

Llega jadeando a la terminal de buses de Ciénaga de Oro. Pregunta a choferes, camioneros y mototaxistas cómo puede llegar a San Petersburgo. Los hombres la miran curiosos, mientras fuman o comen un caldo grasoso en mesas de plástico con manteles floreados. Esa mujercita pequeña, vestida de negro, sola en la medianoche, preguntando por un lugar del que nadie ha oído. El único pasajero, un hombre canoso, que lleva un atado de plátano y una valija, la escucha y le responde con suavidad:

—¿No estará usted buscando Siberia, Cundinamarca?

—¿Es un lugar frío?

—Sí, frío frío. Un páramo.

—Entonces sí, para allá voy.

—Debe tomar el bus a Bogotá. Si quiere espere conmigo. Yo tomo el mismo.

Marlenys duerme las veinte horas del viaje. Sueña que vuela. El señor canoso la sacude con suavidad.

—Señorita, ya llegó a Siberia.

Marlenys se baja del bus y ve una cadena de montañas azules, tupidas, encaramándose unas sobre otras. Siente por primera vez en su vida un aire frío pegándole en la cara.

## EL ÚLTIMO PIBE VALDERRAMA

A mi papá no le gustaba nada. No le gustaban los curas, ni los pobres, ni el marxismo, ni los costeños, ni los ricos, ni su propio padre. Tampoco le gustaban los niños. Solía decir: Los hijos son pedos, solo se los aguanta el dueño. No le gustaba la familia de mi madre, ni el tráfico de Bogotá, ni pedir pizza los domingos, porque llegaba fría y mal cortada. Odiaba con intensidad a ciertos periodistas y cambiaba el canal diciendo: No soporto a este hijueputa. Odiaba que lo empujaran en la fila. Detestaba los ruidos que hacían las personas al comer. Reprobaba a los gringos, a los policías y a las rancheras. Pero, así como le repugnaba todo, le agarraba a veces un amor por ciertas cosas aleatorias: amor por el vallenato, los campesinos del llano, un político de medio pelo, el bistec a caballo o una presentadora de farándula. La baraja de sus odios era azarosa e impredecible, aunque un poco menos que la de sus amores. Uno de ellos se mantuvo siempre: el amor por el Pibe Valderrama.

Mi papá veía el mundial, como todos en Colombia, y le agarraba un patriotismo insospechado. A pesar de que el Pibe Valderrama era pobre y costeño, mi papá cumplía con él la fantasía de tener un hijo varón. Cuando veía jugar a la Selección se pegaba a la pantalla del televisor y le daba consejos al diez. Le decía: Vamos, mijo, vamos. Se puede. El culmen de su amor por el Pibe llegó con el cinco a cero con

Argentina. Decía: Qué orgullo, mijo, qué verraquito. Y tiraba besos a la pantalla. Un gesto salido de personaje, un gesto inusualmente femenino.

No se le puede juzgar. Yo por mi parte hacía lo mismo con Robin Williams en *Mrs. Doubtfire*, en Colombia titulado *Papá por siempre*. Fue mi película favorita por años. Mis padres ya se habían separado y a mí se me había metido en la cabeza que quería un padre así, que se pusiera tetas y máscara de vieja solo para estar con nosotras. Un hombre que jugara una paternidad graciosa, dulce, travesti. Quería una mamá duplicada.

No sé si se oyeron mis plegarias, pero después del divorcio mi padre quiso hacer el remedo de buen papá. O tal vez mi madre se lo impuso. O les salió hacer eso de la custodia compartida que aparecía en las películas gringas. Los pobres no tenían muchos referentes más, eran la primera generación del divorcio masivo. Si los gringos lo recomendaban debía estar bien. Él nos recogía los domingos en la casa. Mi mamá nos bañaba tempranito prolongando el suplicio de madrugar. La escena tenía una tensión ceremonial que me fastidiaba. Ella abría la puerta y nos ponía al frente como dos enanos soldados, cubriéndole las piernas. Papá la miraba largo con carita de ternero degollado, ella también lo miraba suspiretas. Se hablaban con una formalidad de cartón marrón, que nunca habían tenido. Decían frases antinaturales, que parecían del profesor Jirafales y doña Florinda. Un fastidio. Yo estaba ansiosa. Vámonos ya. Pero no. El dramita íntimo se prolongaba y se repetía con nosotras en la mitad: las enanas invisibles.

Mi papá nos montaba en el carro y comenzaba con la quejadera. Manejaba a las puteadas. Su insulto favorito era: Este es mucho indio. Volanteaba, gritaba, amenazaba.

Zarandeadas llegábamos al centro comercial, el único destino que se le ocurría a su estrecha imaginación de padre recién asumido. Comíamos hamburguesa y nos compraba juguetes. Se lo veía incómodo, apuradito. Yo quería muñecas, carteras, taconcitos y cosas de señora niña, que pasaban sin pena ni gloria por su tarjeta de crédito. Sara en cambio elegía cosas que despertaban el interés de mi papá, cosas que hubiera pedido el Pibe Valderrama: el Super Nintendo, la bicicleta, el lego. Mi papá se emocionaba y construía un puente hacia Sara, pero ella ni cuenta se daba. Hacía un par de años que flotaba en un mundo alienígena de indiferencia, fantasías y dolor. Pasaba el día escondida en el centro blando de su timidez, bajando sus ojitos rasgados y presintiéndose rara. No había en Sara tiempo para el mundial. Yo me paraba al borde de su profundidad y pensaba que esas aguas turbias se debían a que ya era una «señorita». Sara me había dejado atrás en los potreros de la infancia.

El domingo en que compró el Super Nintendo, mi papá se salió del guion. Estaba ansioso por probarlo y nos llevó sin previo aviso a la casa de mi abuelo. Salió a abrirnos Dina, la segunda esposa de mi abuelo, a la que mi abuela llamaba «la folclórica popular». A mí me caía bien, porque olía a pandebono y daba abrazos mullidos. Apenas nos vio se puso muy roja y le tembló el labio. Nos abrazó con las pupilas dilatadas. Por un momento me cayó muy mal y repetí en mi cabeza el insulto que no comprendía: Dina, la popular. Nos hizo pasar a la cocina y no a la sala, como hacía con la gente.

La mascota, una tortuga morrocoy, caminaba por encima de unos plátanos abandonados en el mostrador. Nos dio unas chocolatinas Jet y nos dijo que podíamos acariciar

la tortuga. La verdad es que no daban ganas de mimar a un dinosaurio diminuto. Después empujó a mi papá fuera de la cocina. Se oía la voz de mi abuelo a lo lejos, cuchicheo y mucho tránsito en las escaleras, hasta que sonó el portón de la calle. Sara leía las instrucciones del Nintendo. Yo pegué una carrera a la ventana y vi cómo mi abuelo, mi papá y Dina metían en un taxi a un niño tapado con bufanda y gorro. Ese día hacía sol. Tres siluetas adultas empujaban a un niño sin cara, hacia la nada.

Prendieron el aparato y todos quedamos boquiabiertos. Pero el embrujo duró poco, mi papá había comprado solo dos juegos: Fifa 98 y Nascar. Sara no quiso jugar al fútbol. Ella hubiera querido Mario Bross, pero no dijo nada. Yo hubiera querido Mortal Kombat, pero ni me preguntaron. Entonces me puse los tacones de niña-señora y los miré con miedo, reviviendo sin querer la imagen del niño tapado, gestando una pregunta que parecía un hueco. Papá escogió la selección Colombia, mi abuelo escogió Alemania. Papá estaba excitado, podía ser el mismísimo Pibe Valderrama. Cuando el juego se puso intenso se pelearon. Mi papá tiró el control al piso y le gritó que era un tramposo, mi abuelo le gritó que era un cagón. Yo aproveché y también grité con todo el pulmón: ¿Quién es ese niño tapadoooo? Me miraron atónitos. Y luego se rieron, se les movían las quijadas y las barrigas. Risas de machos. Mi abuelo me cogió por los hombros y me dijo: No es nadie, es el hijo de una sirvienta.

De regreso a la casa, papá nos puso Colorín ColorRadio. ¿Por qué este viejo, al que no le gustaba nada, sabía de emisoras para niños? De pronto ensayaba para ser un buen papá por siempre. Con él todo así: pasar de creerlo insensible a creerlo un papá divino. Mi mamá lo hizo devolver el Super Nintendo. Sara ni lloró. Tuvieron una pelea

de ira contenida. Al final se fue él con su juguete bajo el brazo.

Dejamos de ir al centro comercial cuando comenzó el mundial. La gente se pintaba la cara y salía a la calle con la camiseta de la Selección. En los semáforos vendían *merchandising* futbolero, todo de la tricolor, incluso tapetes para baño y cometas. Veíamos los partidos en las casas de los familiares de papá. Yo pensaba que tenía que darle su empujoncito para que se decidiera a ser *Papá por siempre*, así que decidí tenderle la trampa futbolera. Comencé a celebrar los goles de más, a decir groserías, a cruzar la pierna como él, haciendo un cuatro. Cuando salía la canción esa de *sí, sí, Colombia, sí, sí, Caribe*, yo salía a bailar la cumbia. Todos aplaudían, menos él. Incluso me dijo: Carne de burro no es transparente. Córrase, deje ver la jugada.

Pero no me derrotó. Decidí preparar un show que iba a ganar su corazón. Para el siguiente partido le pedí a mi mamá que me comprara la peluca del Pibe y ensayé la media luna en la clase de gimnasia en el colegio. Fue una proeza, yo que era siempre la peor en educación física. El día del partido esperé con ansias un gol, sentada con mi peluca. En el momento justo salí a bailar mi cumbia. *Sí, sí, Colombia, sí, sí, Caribe*. Finalicé con mi pirueta. En la mitad de la media luna, me flaqueó la mano y caí al suelo. Me raspé la cara con el tapete. Mi papá se rio mostrando los dientes y alcanzando el ronquido. Salí corriendo, con el rostro en llamas. Alcancé a escuchar a mi tío gritando: ¡Cuidado, ahí va miss universo!

En esos días de fiebre futbolera mi padre compró una corneta, una estampita del divino niño con la cara del Pibe y una camiseta de la selección Colombia original. Mi madre dijo que esa camiseta debió costar una pequeña fortuna. A

Sara le compró una gorra y a mí un collar tricolor de plástico horrible. Con eso del regalo comencé a ver esa escala particular de mi padre. Lo mejor para él, lo más o menos para Sara la indiferente y lo peor para mí, la hija ansiosa. Esta fantasía no estaba funcionando.

En la casa aún quedaban algunas de sus cosas. Su mesa de noche estaba intacta, la asalté buscando pistas. En medio de objetos aburridos, encontré dos cartas que había escrito mi madre. La primera carta estaba escrita en una esquila cursi con florecitas, mamá le decía que estaba muy contenta por el nacimiento de Sara. Leí: *Ahora somos una familia, estoy tan feliz, Jairo. Ahora somos tres.* Me subió un calor por dentro, tanto amor por Sara que estaba en Marte, ¿y por mí qué?

Me abalancé sobre la segunda carta. No era la carta del día que nací. Era una carta reproche, una herida con pus. Mamá había escrito que no había palabras para expresar el tamaño de la traición. Le reprochaba por esconder a ese niño tantos años. En mayúsculas: SIENTO IRA, JAIRO. Me agarró entonces otro calor. Conque conque. Mi papá y su otro hijo. Sentí el placer intenso de por fin entender qué carajos estaba pasando. Era él quien había hecho una pirueta con peluca y se había caído frente a todos. Me dio risa, mucha risa. Lo imaginé travestido con su peluca del Pibe, amamantando con tetas falsas a un niño tapado. Eso estaba muy mal. La sociedad, los ángeles, Jesús, mi mamá y Sara y yo lo señalábamos. Me reí hasta alcanzar el ronquido, pero de tanto reírme algo se me rompía dentro de las costillas, allá profundo, en el centro del tórax.

Entró Sara de repente y me pilló con las manos en la masa, los cachetes enrojecidos, con lágrimas, con mocos. No quería darle las cartas, quería protegerla de esa risa que

lo rompe a uno por dentro. Le di la primera, la leyó y se le escurrieron seis goterones.

—¿Sara, por qué lloras? Esta carta es feliz.

Ella solo dijo: Ni tanto.

Me rogó que le diera la otra carta. Insistió tanto que se la di. Volvió a llorar hasta alcanzar el hipo. Se le escurrían sus mocos de Marte en esa carita de alien tan tímida y poderosa. Al final, cuando paró de llorar, dijo: No le podemos decir a mamá que sabemos.

Guardamos las cartas donde estaban y cerramos el cajón. En mi casa éramos así, apilábamos secretos, unos sobre otros, minuciosamente, haciendo un exoesqueleto familiar.

El último domingo que salimos con mi papá fue el veintiséis de junio de 1998. La selección Colombia jugaba contra Inglaterra buscando clasificar a los octavos de final. La situación era delicada, la tricolor tenía que ganar el partido para seguir en el mundial. Nada de empates ni aguas tibias. La sala estaba tensa, papá se mordía las uñas y se sacaba la cera de los oídos con las llaves del carro. En la pantalla, la hinchada inglesa coreaba mantras que sonaban a vikingo. La cámara apuntaba a la fealdad recalcitrante del príncipe Carlos que ondeaba una banderita de viejo ridículo. La cosa venía mal, toda la situación tenía cara de testículo añejo.

En el minuto veinte, Darren Anderton metió el primer gol. Un puño de amargura para un paisito de narcos. Mi papá se encorvó y se sobó el corazón. Mentiría si digo que no lo disfruté. El sablazo final llegó rápido: nueve minutos después David Beckham metió el segundo. Papá dio un puño a la mesa y una patadita infantil de niño problemático. Mi tío le metió un puño en la rodilla en venganza por el maltrato a su mesa. Se miraron por tres minutos como

pitbulls de pelea. Tanta frustración y sin saber hacia qué descargarla. Yo me mordía el labio aguantando la risa.

El resto del partido fue un suplicio para tontos. La selección del Bolillo Gómez seguía corriendo, pero el país ya sabía que no había cómo remontarla. Bogotá estaba toda en silencio, en una quietud rara como de gente del tercer mundo con vergüenza. Como de gente que quería la aprobación del padre mundial, para existir por fuera de la cara de Pablo Escobar. Gente morena, desorientada. Abusada y abusadora. Todos los machos en sus casas cayendo en la cuenta al unísono de que la felicidad mundialista se había acabado, que había que volver a la angustia propia, a la pequeña miseria. Padre nuestro, danos hoy la escasez de cada día.

A los noventa minutos, el fin. El estadio coreaba, el príncipe Harry aplaudía y Farid Mondragón lloraba en una esquina mientras lo consolaba el arquero del equipo contrario. Volteé a ver a mi padre que estaba pálido. Se veía diminuto, un macho, un mero macho miniatura. Incrédulo observaba al Pibe Valderrama intercambiar camiseta con David Beckham.

Sara puso su mano sobre la mía. Me hizo una sonrisa marciana y me pasó un audífono de su walkman. De repente *la indómita luz se hizo carne en mí, y lo dejé todo por esta soledad. Morí sin morir y me abracé al dolor. Y curé mis heridas y me encendí de amor.* Nos miramos profundamente, por fin hermanadas. El Pibe no volvió a jugar con la Selección, y nosotras no volvimos a ver a mi padre.

## UN TORO BIEN BONITO

La última vaca pastando. Un horizonte de quietud paranormal.

Jeremías conoce cada coloración de las piedras, cada rugosidad del suelo, cada grito de pájaro. Puede presentir el caudal de los ríos con exactitud. Sus pies saben de memoria cada uno de los veinticinco senderos que llevan a la nieve perpetua. A veces, cuando se queda quieto, comienza a sentir que los brazos se le hacen peludos y el corazón se le pone verde y líquido. Quietos bajo su ruana es imperceptible.

El mutismo de Jeremías es una planta trepadora. *No ves nada, no escuchas nada, no sabes nada, no te metes en nada.* Silencio de mula. Memoria de la guerra en alta montaña. Juramento monástico. Jeremías el que nada sabe, el que nada ve.

Está arando. El azadón golpea algo duro, emite un sonido hueco. Jeremías escarba y encuentra una caja de madera, se diría que es un ataúd, un féretro para gente diminuta. Piensa que tal vez se trate de una guaca, la famosa plata de la guerra que han ido enterrando los ejércitos. La levanta luchando contra raíces y cascotes de barro. El ataúd está sellado con clavos. Jeremías lo lleva adentro de la casa. Lo abre ansioso: hay una bolsa plástica, amarillenta y anudada. Dentro de la bolsa no hay dinero.

Adentro hay tres fotos y una carta. En la primera hay una mujer rolliza en vestido de baño. Atrás está el mar. La

mujer sonríe entre tímida y coqueta. Es su madre. Jeremías siente un aguijón caliente, largo y afilado atravesándole el pecho. Una cápsula de tristeza y odio le estalla en el estómago. Siempre pensó a su madre en la parcela. Sola, campesina, sufrida. ¿Por qué nunca le dijo que había viajado el mar? Ese vestido de baño fucsia y apretado tiene la forma exacta de la traición. Su vida ha sido moldeada todita por la mentira de su madre. Le había hecho creer en el estoicismo, en el mutismo, en la montaña. Quien la ve ahí, plácida, extrovertida, marítima. Creo que te odio, susurra Jeremías, mientras busca la otra foto. Le tiemblan las manos.

Aquí, su madre con un tipo en shorts, que podía ser él, pero no es. El ojo le duda. Le patina por un instante el reconocimiento. Yo y no yo. ¿Quién carajos es este hombre? La respuesta es un derrumbe: es su padre. He aquí la jeta del gran secreto. De niño no preguntó nunca por su papá. Asumió muy temprano en la infancia que el dolor de la madre no se toca, no se hurga. La herida que se manosea se infecta.

Mareado, se acerca a la estufa. Prende el fuego. Mira para la montaña, pero no ve nada. Mira para adentro y tampoco. Recuerda a Lucrecia. El único sexo de mujer conocido, que para Jeremías es lo mismo que decir el amor. Penetrarla de afán en el establo. Se le iba la vida en ese túnel resbaloso y certero. En la borrachera de su amor escondido, estuvo a punto de dejar a su madre. Abandonar todo estoicismo, todo código, todo pacto y largarse a la capital. Pero pudo más la culpa. La visión de su madre santificada, inmaculada de la resignación. ¿Dónde estará Lucrecia? Debe ser ahora una empleada doméstica que vive en los extramuros de Bogotá. Jeremías solloza. Aúlla. Se tumba en el catre. Le parece ridículo su aislamiento militar. Todo.

Sueña con su madre joven en vestido de baño fucsia. Ella abre la puerta de la casa. Entra un búho enorme que aletea hacia su cara. Se le abraza al rostro como una máscara. Mitad búho, mitad Jeremías que sueña.

Amanece con un dolor agudo en el pecho. Saca la carta del sobre. Intenta leer, pero no puede. Le duele la cabeza, las letras le bailan, se mueven los sentidos y los sonidos. Impulsado por la furia, baja al pueblo a buscar a su maestra. Le va a decir cuando llegue: Ahora sí enséñeme a leer.

El pueblo está empapelado con la cara de otro candidato, un gordinflón con mirada cruel. Trincheras del ejército por todo lado. Gente igual de muda a él. Golpea en la casa de su maestra. Le responde un eco. Recién se da cuenta que han pasado muchos años; su maestra, si es que vive, ya no está. Así como con los vecinos. Así con todo.

—¿Sí?

—Soy Jeremías y quiero que me enseñe a leer.

Y luego un silencio largo. Después un grito:

—Váyase.

No pasa gente. Pasa viento y pasa tierra volando. El único movimiento humano se sugiere tras las trincheras. Hay bultos que cada tanto se mueven, tosen o echan humo. Jeremías siente una urgencia, parecida a la que siente antes de eyacular, pero sin el placer. Maldice a su madre que le soterró la vida en una cajita. Recuerda de golpe que en la calle de atrás de la iglesia había una biblioteca. Ahí también golpea y le abre un hombre minúsculo. Jeremías se traga la vergüenza y le dice que no sabe leer y quiere aprender. El hombre disimula una sonrisa que podría ser de ternura o de sarcasmo. Y en efecto, un poco de las dos. Le pasa unas cartillas infantiles y le da instrucciones precisas sobre cómo sintonizar Radio Sutatenza, para comenzar la escuela a

distancia. Jeremías lo mira largo como preguntando. El hombre en voz baja le dice:

—Son las contradicciones de esta hijueputa guerra. No queda nada en ningún lado, pero dizque hay escuela por la radio, figúrese usted.

Jeremías se enrojece, toda la jeta caliente, llena de sangre. En el camino a casa murmura *guerra*. Esa palabra, cómo vibra. Hace quince años no la oía.

Deja el ordeño y la labranza. Se sumerge a fondo en la tarea de aprender a leer y a escribir. Sintoniza la radio y se aplica en la cartilla. Es difícil dominar el pulso. Le entristece su propia mano de hombre casi viejo, arrugada, de nudillo gordo, llena de callo, buscando temblorosa la montañita de la eme. Eme de mamá. Saca la lengua y se esmera. Al final del día lo logra. En letra cursiva y corrido: *mimamámeama*. Es magia: *Mamá*. Y mamá aparece ahí, casi de carne. Joven, rolliza y con vestido de baño fucsia. En la mitad del rancho, se ríe. Un sol naranja le da en la cara y le relumbran los dientes. Jeremías piensa que escribir sirve para conjurar fantasmas. Traer vida a lo que se ama y lo que se odia. Las montañitas de la eme componen un conjuro. *Mi mamá me ama*. Como si pudiera hacer un extracto de madre que se impregna en papel. *Mamá*, letricas contiguas que hacen perfume. Y no se siente tan absurdo. *Mi mamá me ama* y me caricia. Pero no sabe escribir caricia.

Al otro día la pe. Palo con barriga. Lengua afuera y pulso. Al atardecer la palabra escondida: *Papá*. Y está ahí, con él, en la mitad del rancho. Tan clarito que Jeremías teme que abra la boca y hable. Lo observa de cerca, ve como se le mueve cada pelo con el viento. Tan cerca que puede olfatear el olor a mar de su barba. Conque este es mi taita. Aunque todavía no sabe escribir taita. A la noche, como un adolescente insomne, Jeremías sigue escribiendo. Ensayo

ahora juntar las dos palabras. Excitado, escribe *mamá* y al lado *papá*. Y ve un beso cósmico, labios al rojo vivo, que le incendian el rancho. Le alegra pensar que, al menos, él nació de algo parecido al amor. Algo al rojo vivo como tocarle las tetas a Lucrecia.

A la madrugada, sin haber dormido un segundo, Jeremías va más lejos. Aventura una frase radical. El lápiz temblequea, pero lo logra. *Mi papá me ama*. Termina de escribir y no pasa nada. Progresivamente, del silencio nacen sonidos de tiros. Y ahí está en medio del rancho su papá con metralleta, de sus pupilas las selvas. Dura solo un segundo la visión. Y luego nada. Un silencio de acero.

Tras una semana febril de escritura, Jeremías comprende que le llevará al menos un año descifrar la carta. Tanto no puede seguir aplazando el misterio. Entonces diseña un plan. Bajará todos los días a Chita con una sola palabra y buscará quien la lea. De a poco y memorizando sabrá lo que dice la carta.

Comienza el peregrinaje diario. El fantasma analfabeto que mendiga significados. En ocasiones tiene que esperar la mañana entera en la plaza hasta que pasa furtivamente alguien. No todos le hablan. Pero él, paciente, implacable, va armando un texto.

La palabra más emocionante fue la primera. Se la leyó un hombre viejo. Jeremías sacó un papelito discreto.

—Discúlpeme, mi don. ¿Qué dice aquí?

—Dice «Javier».

Y entonces un vuelco, un pequeño paro cardíaco y un disimulo. Y correr vuelta a casa pensando en círculos. Mi papá me ama. Mi papá es Javier. Taita Javier.

Para Jeremías ya no existe nada salvo la carta y la misión. La vaca lo mira fijo con la ubre inflamada. Todo el

día se va en recoger palabras y Radio Sutatenza y coger el lápiz para seguir llenando cartillas de emes y pes. Y mamás y papás. Y también copiar la palabra Javier. Una y otra vez, taita Javier. Aunque sin taita, porque sigue sin saber la te.

Tras nueve días intensos, llenos de dolor y viajes furtivos a Chita, Jeremías ya tiene la primera frase: *Javier. Un dos de enero te mataron los paras*. Nueve días de suspenso. El séptimo día el peor, cuando esa niña escuálida dijo: Aquí dice «mataron». Y se puso pálida y salió corriendo. Él mismo sintió un balazo. Y luego en su mente, una idea, puñal contundente: Taita Javier está muerto. Y luego la ira el noveno día, cuando el tendero dijo: Aquí dice «paras». Y también se puso pálido y sacó una escopeta y lo sacó del almacén.

Es de noche y Jeremías llora. Nadie nunca ha estado tan huérfano. Recuerda el ataudcito en el que encontró las fotos, y entiende que ese fue el velorio que tuvo su padre. El cuerpo le arde y vuelve a parecerle cierta la frase que escribe día y noche: mi mamá me ama, mamá ama a papá. Se le ocurre que quiere hacerles un regalo a sus padres e imagina un toro bien bonito. Blanco, recio, un cebú con su doble joroba y dos cuernos para engarzar alto a la luna. Un toro hijo de nube y agua, para abrir surcos en la noche paramuna.

Entonces se abalanza en la cartilla hacia la te. Y escribe planas, hasta que la va comprendiendo. Un palo y otro palo, en cruz. Señal mística esta del toro. A las tres de la madrugada, lo descifra. Y en una hoja blanca escribe bien grande: *Toro*. Y entonces lo ve, a un toro blanco, bien bonito, que pasta soberano en la tiniebla. Ahí está, plácido. Un pedazo macho de la luna.

Un golpe seco en la puerta, como la bomba. Y dos disparos. Jeremías ve su propio cuerpo cayendo sobre la mesa. La cara le rebota sobre la hoja que dice *toro*. La mandíbula escurre sangre negra. La mano no suelta el lápiz.

Le sorprende la ausencia del horror. Flota en un tiempo de suspensión de arena, hasta que logra mirar para abajo. Y ve sus pezuñas hendidas en el rocío. Ya amanece. Siente sus músculos robustos y logra ver su pelaje regio y blanco. Muge al sol y experimenta la profunda garganta en el temblor de sus estómagos. Alza la cuernamenta y ahí están parados. Mamá con un vestido de flores vaporocito y papá Javier con traje y corbata. Vestidos de domingo, de misa o de fiesta en el pueblo. Jeremías se agacha. Su madre le acaricia el hocico. Hormigas de mano blanca. Se suben los dos a su lomo. Se internan en el páramo, por uno de los veinticinco caminos que llevan a la nieve perpetua.

## PARTO DE VACA

A mí me crio el silencio.

Este viejo, sentado al borde del camastro, con los ojos vacíos, es el silencio.

Yo soy yo y por eso me voy a ir a robar guayabas y maracuyás. Las apilaré unas sobre otras. Con todo el peso de la pierna, con el peso del torso y la cabeza, las pisaré. Saldrá un jugo amarillo, un moco dulce, espeso, que se derrama del cráneo del mundo. El silencio no dirá nada. Yo habré matado a todos sin que nadie lo sepa. Solo se enterarán las cotorras que chillarán al unísono, como si las desalojaran de su sobrepoblado matorral.

El silencio dice que se acerca el día. El silencio ve designios en todas partes. Se le juntan las ganas de volverla a ver, con el miedo y el animismo. Cuando era niño, el silencio me decía que mamá era una guaca, como el gran tesoro dabeibe del que hablaban los catíos. Me decía que mamá estaba escondida en algún morro de tierra, bajo el monte, y que íbamos a encontrarla. Crecí chupando de una teta que no existía. El silencio me crio mamando cuentos. Que es lo mismo que decir mamando aire. Mi mamá no es nadie y este viejo habla como un hueco, no hay nada adentro, aire que rebota. Aire muerto.

Moja el pan en la panela y me señala una paloma caída en el patio. Me pide que mire con cuidado, que las palomas han venido a rendirle un funeral. Véalas, están dignificando

a la paloma, mijo, dice. El viejo cree que esa bola de plumas es un decreto sobrenatural de mi madre. Yo solo pienso que si son tan pájaros por qué no tuvieron un funeral aéreo. El viejo insiste, dice que es siempre el mismo viejo palomo el que la ronda. Un viudo. Habrase visto, un palomo viudo y las plagas con sentimientos. Yo digo que el viejo es el silencio, pero tal vez el silencio soy yo. Así que me levanto y me voy. Ahí lo dejo en su funeral de palomas.

Yo que soy yo, tengo quince años. Ya fui y volví. Me fui en los camiones que me levantaron. Levanté cosecha de banano en el Urabá. El silencio siempre se apareció a buscarme. La última vez le dije: no vuelve quien no tiene madre, y él dijo que mi madre estaba en todos lados. Achinó los ojos y lloró. Estoy atrapado en este pueblo por un viejo que llora. Yo achino los ojos desde siempre, pero nada, ni lágrimas, ni camino. Por eso me voy a robar fruta o patear piedra.

Bajando por el cañón la tierra amarilla ensucia las ganas. El silencio dice que ella también tenía quince años cuando me parió.

Lo más cercano a parir es cagar.

El monte húmedo es tan oscuro, tan rasposo, que pienso: el paisaje es un lujo pa' los ricos que se sientan a ver. Yo no veo. Yo camino puro matorral. Enredo. También los oigo subir, al trote sincronizado; los muchachos del batallón cantan: *Sube, sube, guerrillero, que en la cima te espero, con granadas y morteros, a tus novias violaremos y a tus hijos mataremos.*

Suenan lindas las pisadas, son la mera furia cabalgando. Tendrán también quince años, como ella o como yo. Los lanzaría al precipicio. Al centro del hoyo. A la fosa, que habita dentro del silencio.

Desvío pa'l potrero. Bocarriba cierro los ojos. Me extendo todo, toditico, para que la tierra me sostenga.

El silencio fue vendiendo lotes para buscarla. Comparaba palabras de testigos. Todos decían: la muchacha está muerta, segurito que está muerta. Pero el viejo quería un cuerpo. En la cocina cuelga un mapa de todos los lugares en que cavamos. Fui un niño sepulturero. O a la inversa: fui un niño profanador. Los lugares de excavación describen un círculo, que se va estrechando. El silencio ve una espiral que señala un punto exacto pero indefinido. Nos estamos acercando, dice él. Yo sé que hace años que estamos perdidos.

A la perra la quise tanto más que a mi madre. La metía bajo la cobija y le susurraba: amá. El viejo la cambió por una pista ciega. Regaló a mi amá para buscar una mamá que no conozco. El silencio es un viejo llorón, pero también es un miserable. Dele que dele con lo del cuerpo. La perra tenía un cuerpo, yo tenía un cuerpo, y él no nos veía. Cierro los ojos y veo a la perra. Me ofrece sus tetas. Yo ya no soy un cachorro. Qué lástima. Nunca llegar a tiempo a una teta. Nunca llegar al tiempo.

El pasto atraviesa mi camisa como agujitas. Puntas verdes sobre la piel. Entrego mis piernas a este potrero ancho. Dejo pastar este abandono. Estoy tan solo, mi amor, que hiedo. No hay nube que no pase. Mirando al cielo tengo una erección de quince años y su verticalidad me levanta.

Cuando me doy cuenta ya estoy caminando, esquivando las miradas de los vecinos, que a su vez esquivan mis miradas. Aquí en Alto Bonito nos presentimos en diagonal. Todos perdimos a alguien, pero resulta que a mí me tienen miedo. Me parezco a ella. Los vecinos piensan «Algo habrá hecho», gesticulan en silencio, pero lo escucho clarito. Es tan de humanos pensar que el otro se lo tiene merecido.

Igual atravieso sus casas para llegar donde Susana. Ella tiene treinta años, los míos y los de mi madre juntos. El doble de los que lleva muerta. Susana es el cenit de la edad. Papaya madura, el verdadero tesoro de los catíos. A Susana también le tienen miedo, porque a la noche sabe cobrar, pero para mí siempre es gratis. Esta puede ser la única herencia que me han dejado.

Los perros anuncian mi llegada. Susana se asoma. Con solo ver mi cara, adivina mi erección. Entro en esa casa fresca, penumbrosa. El adobe me adopta. Umbral, penumbra. Aquí soy y no soy. Susana me sienta a la mesa, pone en mis manos el peso de una taza con café. Con un movimiento preciso libera el botón del pantalón. Pandora abre mi vientre al mundo. Sorbo el café. Mi erección de quince años se hace vieja. Puedo ser un hombre sin tiempo, erguido y calvo. Ciclopéico. Me hunde en una cavidad que bien puede ser boca, caverna, el río Magdalena. Estar siendo succionado y dar coletazos en la oscuridad. Someterse. Tardo otros quince años en eyacular. Vuelvo al cuerpo de mi cuerpo. Estamos tan doloridos que contaminamos todo el soplo de la casa. Afuera una vaca muge. Esto es el amor.

El silencio nunca habla de la madre de mi madre. Tal vez mi madre tampoco tuvo madre. Soy el huérfano de una huérfana, y eso es una lista muy larga. Eso sí, cada cumpleaños de mi madre, el silencio pone la música de Gardel y achina el ojo. Suele llover. El silencio canta pa' la montaña: *El día que me quieras*. No sabemos con certeza cuándo es mi cumpleaños. Pero sabemos que van quince días de lluvia y de Gardel. ¿Por qué este viejo analfabeto y roñoso le canta canciones de amor a su hija muerta? Temo y dudo y el viejo baila solo y achina el ojo y tiembla. Le quiero reventar el cráneo a ese viejo llorón, o enterrarlo pa' que

deje de anhelar algo que no fue mío pero que me pertenece más que a él.

Susana me confesó hace poco que era amiga de mi madre. Intercambiaban cuadernitos, esquelas, casetes, cursilerías que para el campo son el oro. Dijo que para mí sus cavidades serán siempre gratis, porque pudo ser ella. A ambas les ofrecieron ese trabajo. Pero Susana no fue. A Susana la salva la impuntualidad o las pocas ganas, la pereza congénita. El Alemán, le decían, el que les ofreció el trabajo. A mi mamá la destruyó el hambre, el hambre suya y el hambre del viejo. Susana no me cobra porque me quiere solventar a mí, que nunca he sido nadie. Para los dos salen caros estos encuentros, porque pensamos en mi madre. La envidio porque ella tiene una cara y una voz y unas carnes que anhelar. Yo pienso en una foto. Una sola pinche foto raída. El duelo cavernario.

Me acaricia el pene flácido, contraído y en un acto juguetón lo sumerge en el café tibio. Yo miro al hombrecito flotando en su turbiedad y me enternezco. Susana abre el postigo y se derrama la luz. Una libélula se detiene en la solidez ambarina de la montaña. Los mangos se mecén, robustos. Un loro enorme, lo que se diría un lorazo, grita clarito: ¡La tengo viva! Nos reímos al tiempo. La carcajada me retumba adentro y pienso que tal vez el silencio tiene razón. Ella está cerca.

Aprovecho la risotada de Susana, su gran boca abierta, su paladar expuesto, y le doy un beso. Meto la lengua furtiva. Se deja por primera vez. Nunca la había besado. Pasan treinta años. Un beso de treinta años, que le recorre todos los sudores, todas las siestas, todas las veces que no se sintió ella misma, toda rasquiña, todo picor, todas las veces que aguantamos orinar. Cuando el beso se acaba

tenemos seis años. Dabeiba es el patio del mundo y ya no nos queremos morir. Me voy antes de que digamos nada.

Salgo a caminar a ningún lado, con el gusto a la saliva de Susana en el pene disminuido. Atravieso potreros y casas. Atravieso postigos, rejas, ventanas. Nada de los vecinos me es ajeno; ni sus perros ni sus manías. Ni sus patéticos calendarios Bristol releídos, ni el roce incómodo de sus calzones en la panza, ni el percutido en la oreja. Son mías sus cosechas. Y ya me animo a robarles las guayabas y los maracuyás, porque nadie va a perseguir a un huérfano. Robo como si me estuvieran dando.

Construyo una madriguera para la fruta. Una sobre otra la guayaba en un nido en la tierra. Empollo la fruta con la mirada. Me pongo de pie y descubro que ya no tengo ganas de aplastarlas. Soy un joven Dios, un Jesucristo si se quiere, le daré una oportunidad al universo. Una más. Soy esa puntita de esperanza que habita en la muerte.

Dejo la fruta en su nido y camino más arriba, siguiendo como un sordo. A mi derecha una vaca se tumba produciendo un temblor que tiene una réplica en mi rodilla. Algo inmenso sale de su cola, está cagando algo enorme como el mundo. De su cola sale una bola blanca con baba y sangre. La vaca se para. Veo que salen de ellas dos patas pequeñas. La vaca es ahora un ser de seis patas, como una tractomula mamífera. La bestia muge. Su mugido es el alfa y el omega. En ese lamento narra el mundo al ternero que la deshabita; le cuenta del color del pasto, del viento en el lomo, de las moscas que no la dejan en paz, de la sensación aplastante y lúdica de ser montada. Le habla también de los hombres que las ordeñan y las ordeñan y las ordeñan y las matan.

En ese pujar, la vaca entrega su cría a la muerte, lo llora y lo celebra. El bicho termina de salir rebotando en el suelo. Bienvenido, pequeño bovino. Su madre lo lame intensamente como quien pide perdón. El ternero se deja lamer y de pronto mugen al unísono. Puedo sentir que este coro es el comienzo de un desacuerdo, un desacuerdo que durará toda la vida animal y que sostendrá quien tenga que ver la muerte del otro. Un desacuerdo tan profundo que cualquiera lo confundiría con música. Empujado por la lengua de su madre el ternero se para, y pararse es ya estar solo. Todo en esta escena tiene quince años y el infinito. Es tan viejo nacer en el mundo. Tan viejo y tan brutal.

Las costillas se me abren, se me hunden pa' dentro, achino el ojo y lloro quince años. Es tan distinto llorar sin rabia. Lloro por mis hermanos terneros, nacidos pa' la muerte, recién nacidos y recién parados. Chillo por las vacas del mundo que abren el vientre para dejar pasar por ellas la violencia de la vida. Lloro hasta alcanzar un espacio vacío.

Del sosiego me saca el trotecito del viejo. Presiento con claridad su respiración. Abro el ojo y le digo: ¿Qué me le pasa, papaíto? Está pálido, jadea y sonrío. Está muy viejo, jodido, pero parece un hombre bello. Y ahí me lo suelta: La encontramos, mijo, la encontramos.

Con la cara desfigurada arranca a contarme que cerca del mediodía golpearon a la puerta unos funcionarios, le dijeron que apareció un cadáver que coincide con la edad de mi madre y que tenemos que aparecer frente a los jueces para ayudar a que lo identifiquen. Que con la sangre de ambos pueden saber si esos son nuestros huesos, los huesos de mi madre. Cierro los ojos y una calavera me sonrío. Cómo me gustaría cachetear a este viejo. Me acerco y lo abrazo, no sé si estamos felices. El silencio dice que a la

noche vienen otros funcionarios de Bogotá a explicarnos todo.

Echamos juntos pa' la casa. Siento cada paso como un golpe en la sien. El silencio destapa una botella de aguardiente y vierte un chorro en la tierra. Pone otro disco de tangos alegres que no son de Gardel. El viejo se quita de encima quince años, mientras esperamos. En un momento baila en la silla y atiza el fuego en la tulpá. Le temo tanto a su alegría. En cualquier momento le da por salir y matar terneros. Le hago charla para entretenerlo, me habla de antes, de un momento en que la tierra no estaba enferma. Esperamos. ¿Qué mierda esperamos?

Ya bien entrada la noche llegan los dichos funcionarios. El viejo les sirve aguardientes enormes en vasos de mermelada. Y los hijueputas comienzan:

—Don Rogelio Sánchez Mujica y don Harold Andrés Sánchez, sentimos su dolor. Venimos de parte del Cuerpo de Justicia Especial Estatal para el Restablecimiento Conjunto e Imperante de la Paz. Mañana se llevará a cabo la exhumación completa de unos restos humanos encontrados hoy en la fosa común del cementerio de Dabeiba. Según nuestras investigaciones, coinciden en tiempos, circunstancias y lugares con los del cadáver de María Caridad Sánchez.

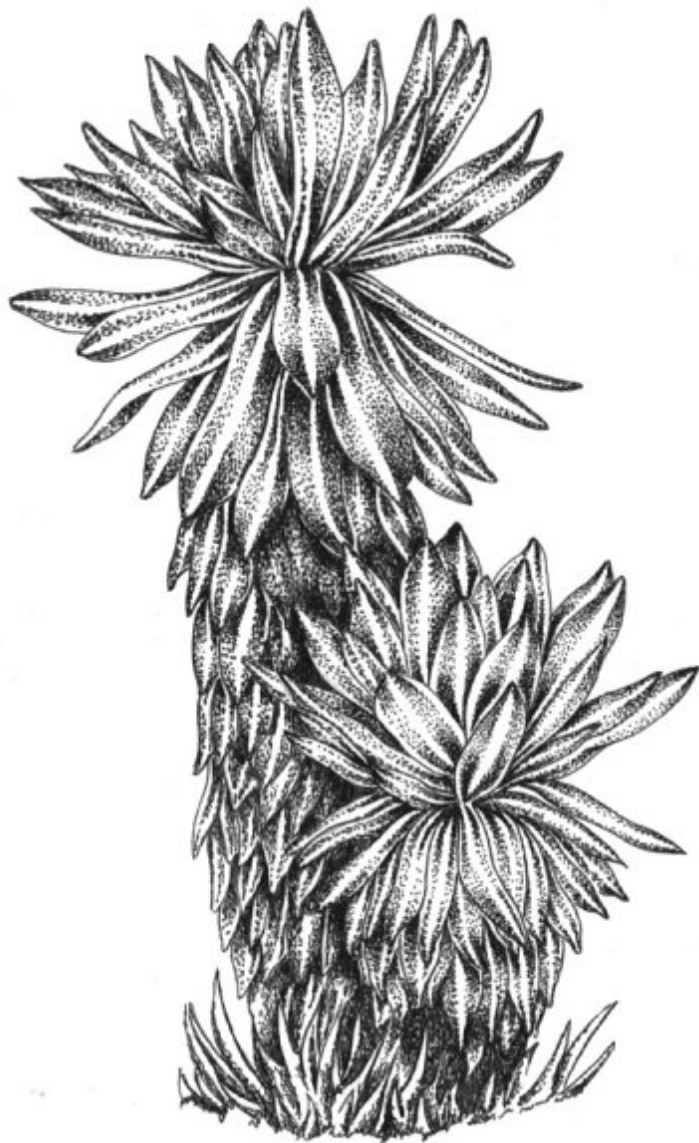
Ahí me agarra una risa rabiosa. Tanto tiempo jodiendo, desenterrando nada, de aquí para allá para que la maldita estuviera en el cementerio. Los funcionarios me miran con miedo. El viejo me pega un calvazo. El viejo está como en misa, los ojos le brillan.

—Nuestra investigación requiere una muestra de material genético, suya y de su nieto, para corroborar el parentesco, por lo que se procederá a tomar muestras frente a un juez. Una vez corroborada la información de

correlatividad, ustedes tendrán derecho a asesoría jurídica para hacer un juicio al Estado. Derivamos en esta instancia a darles la información recopilada hasta el día de la fecha:

1. La presunta víctima María Caridad Sanchez fue abordada por el paramilitar conocido como alias El Alemán, en las inmediaciones de la vereda Alto Bonito, Municipio de Dabeiba, Antioquia.
2. Alias El Alemán entregó a la presunta víctima al batallón de Infantería Pedro Justo Berrío del Ejército Nacional de Colombia.
3. La presunta víctima fue ejecutada extrajudicialmente en las inmediaciones del batallón con el fin de engrosar el número de bajas guerrilleras reportado mensualmente al poder ejecutivo. La hipótesis provisoria de trabajo dice que la ejecución fue motivada por los incentivos económicos que el ejecutivo brindaba a los soldados por el aumento en las bajas en combate.
4. La víctima recibió un disparo en el cráneo con un arma de alto calibre para dificultar su reconocimiento. La estructura craneoencefálica se encuentra destrozada, por lo que el reconocimiento genético se realizará con la médula ósea del fémur, única pieza en estado de conservación aceptable, relativa para tal fin.
5. Aunque se puede fundamentar una duda razonable de violencia sexual, el estado del cadáver no hará posible una investigación forense que resuelva si hubo presencia o no de acceso carnal forzado.
6. El presunto cuerpo fue inhumado en la fosa ilegal del cementerio de las Mercedes en el municipio de Dabeiba.
7. Mediante la firma del presente documento, los presuntos familiares aquí consignados se comprometen a comparecer frente a la justicia especial y dan por recibida la anterior información. Cualquier requerimiento ulterior debe ser solicitado en las oficinas de este órgano estatal mediante carta documento. Ahora sí, sírvanse a firmar.

El silencio se queda en silencio y les besa las manos a los cochinos funcionarios. Yo estoy borracho, pero sé que el iletrado necesita mi ayuda. Tomo su mano en mi mano y lo voy deslizándolo, en las piruetas de su nombre, yo que odio este nombre y este apellido. Y estos ojos de perro. Yo odio a este viejo silencio que no sabe firmar y que es tan bruto que no entiende que, a su hija, estos mismos la mataron. Una esquelita de aceptación, una nada. A la hija del silencio la mataron por pobre, porque le ofrecieron un trabajo. Yo, que soy el odio vivo, tengo quinientos años.



## LA AUTORA



**Laura Ortiz Gómez** (Bogotá, 1986) estudió Literatura en la Pontificia Universidad Javeriana. Trabajó como promotora de lectura y escritura en diversos espacios a lo largo del territorio colombiano (Biblored, Fiesta de la lectura y Red Nacional de Bibliotecas Públicas). Realizó la maestría de Escritura Creativa en la Universidad Nacional de Tres de Febrero, en Buenos Aires, Argentina. Obtuvo el estímulo Becas para colombianos en proceso de formación artística y cultural en el exterior, del Ministerio de Cultura de Colombia, y ganó la Beca Antonio Di Benedetto, que consistió en una Residencia de Escritura en la Finca los Álamos en San Rafael Mendoza. La beca fue otorgada en conjunto por la UNTREF y el Fondo Nacional de las Artes de Argentina. También es ilustradora. *Sofoco* es su primer libro de cuentos.



## Títulos en coedición digital

AGUAS DE ESTUARIO, Velia Vidal  
AYER, Juan Emar  
AZARES DEL CUERPO, María Ospina Pizano  
BARRANQUILLA 2132, José Antonio Osorio Lizarazo  
BESTIAS, Gabriela A. Arciniegas  
CASI NUNCA ES TARDE, Juan David Correa  
CHAPINERO, Andrés Ospina  
CICATRICES, Juan José Saer  
CUADERNO DE FAROS, Jazmina Barrera  
CUANDO APRENDÍ A PENSAR, Pilarica Alvear Sanín  
EL BARRO Y EL SILENCIO, Juan David Correa  
EL CAMINO EN LA SOMBRA, José Antonio Osorio Lizarazo  
EL CUARTO SELLO, Ignacio Gómez Dávila  
EL ENTENADO, Juan José Saer  
EL NERVIO ÓPTICO, María Gainza  
EL RASTRO, Margo Glantz  
EL VERBO J, Claudia Hernández  
ENERO, Sara Gallardo  
GARABATO, José Antonio Osorio Lizarazo  
HECHO EN SATURNO, Rita Indiana  
LA AZOTEA, Fernanda Trías  
LA CASA DE VECINDAD, José Antonio Osorio Lizarazo  
LA CIUDAD INVENCIBLE, Fernanda Trías  
LA MÁQUINA DE PENSAR EN GLADYS, Mario Levrero  
LA MATA, Eliana Hernández y María Isabel Rueda  
LO QUE TRAJÓ EL MAR, Frank Báez  
LORENZA Y NADA MÁS, Andrés Arias  
LOS CRISTALES DE LA SAL, Cristina Bendek  
LOS NIÑOS, Carolina Sanín  
LOS PELIGROS DE FUMAR EN LA CAMA, Mariana Enriquez  
MEMORIA POR CORRESPONDENCIA, Emma Reyes

MICROBIO, Fernando Gómez Echeverri  
MUSEO VORAZ, Angélica Ávila Forero  
NO SOÑARÁS FLORES, Fernanda Trías  
NUESTRO MUNDO MUERTO, Liliana Colanzi  
PAJARITO, Claudia Ulloa Donoso  
PONQUÉ Y OTROS CUENTOS, Carolina Sanín  
PRIMERA PERSONA, Margarita García Robayo  
PUBIS ANGELICAL, Manuel Puig  
ROZA, TUMBA, QUEMA, Claudia Hernández  
SOFOCO, Laura Ortiz Gómez  
SPACE INVADERS, Nona Fernández  
TEFRA, Viviana Troya  
TODO PASA PRONTO, Juan David Correa  
TRUCHA PANZA ARRIBA, Rodrigo Fuentes  
TU CRUZ EN EL CIELO DESIERTO, Carolina Sanín  
TÚ, QUE DELIRAS, Andrés Arias  
UN CEMENTERIO PERFECTO, Federico Falco  
UNA CANCIÓN DE BOB DYLAN EN LA AGENDA DE MI MADRE, Sergio Galarza  
VIAJES DE CAMPO Y CIUDAD, Laura Acero  
VIERNES 9, Ignacio Gómez Dávila  
VOCES EN EL HIELO, varios autores  
XIMÉNEZ, Andrés Ospina